**MOENIA** - LAS MURALLAS INTERIORES DE LA REPÚBLICA

Revista de cultura de aparición trimestral

**Director:**

Félix Adolfo Lamas

**Consejo de Redacción:**

Delia María Albisu  Roberto I. Brie  Marta D. La Buisel  Jorge Ferro
Arístides Julio Garro  Hidalgo Guerra  Néstor Horacio Rocha
Franco Rodrigo  Néstor Sequeiros  Octavio Agustín Sequeiros

**Secretaria de Redacción:**

Delia María Albisu

**Prosecretario de Redacción:**

Guillermo Jorge Yacobucci

**Administración:**

Carlos Barrio - Carlos Rodrigo - Susana Beatriz Vázquez

**Correspondencia a:**

Nicolás Vila Nº 470, piso 17, Dto. "B"
(1405) CAPITAL FEDERAL

Esta publicación es órgano del **Centro de Estudios Tomistas.**

# MOENIA

## LAS MURALLAS INTERIORES DE LA REPÚBLICA

BUENOS AIRES DICIEMBRE 1983

*Alberto Falcionelli* nació el 27 de mayo de 1910 en Córcega (Francia). Combatió durante la Segunda Guerra Mundial y fue prisionero de los nazis. Finalizada la contienda, se radicó en la Argentina, adquiriendo la ciudadanía. Es historiador (catedrático titular de Historia Contemporánea en la Universidad Nacional de Cuyo desde 1947 hasta 1973; catedrático de la misma asignatura en la Universidad Católica de Valparaíso, Chile, entre 1973 y 1978; y a partir de este año, investigador principal del CONICET); su especialidad es la sovietología, en la que se destaca como una figura de renombre mundial.

Dentro de su obra, pueden citarse los siguientes libros: *Capitalismo y marxismo como ruptura en la historia*, Mendoza, 1949 (2ª ed., Bs. As., 1964); *Cinco poetas rusos ante su patria; Pushkin, Tiútchev, Blok, Gumiliov, Iesénin* (traducción y comentarios literarios e históricos), Mendoza, 1951; *Historia de la Rusia Contemporánea*, 1 - "Las ilusiones del Progreso, 1825-1917", Mendoza, 1954, 2 - "Rusia Soviética, 1917-1957", Madrid, 1959 (la obra total alcanza las 1.400 págs.); *Tentativas de bibliografía razonada de la Rusia contemporánea, 1825-1959*, Mendoza, 1960; *Relaciones soviético-chinas a partir de la muerte de Stalin*, Tokyo, 1962; *El licenciado, el seminarista y el plomero. Breve glosario del comunismo en acción*, Bs As., 1961; *Sociedad Occidental y Guerra Revolucionaria*, Bs. As., 1962. *El camino de la revolución, de Babeuf a Mao Tsë-tung*, Bs. As., 1965; *En torno a la cuestión china. Ensayo sobre la práctica de la revolución*, Mendoza, 1967; *A propósito del centenario de Lenin*, Mendoza, 1970; *De Marx a Brezhnev, "la sagrada familia", 1844-1975*, Valparaíso, 1975; *Manual histórico de sovietología*, en prensa en FECIC, Bs. As.

ALBERTO FALCIONELLI

# HABLANDO DE DEMOCRACIA

REVISTA MOENIA BUENOS AIRES Nº XV

Copyright by Félix Adolfo Lamas - 1983
Registro de la Propiedad Intelectual Nº 54.602
Queda hecho el depósito que marca la Ley Nº 11 723
IMPRESO EN LA ARGENTINA

# I N D I C E

PRÓLOGO ..... 9

ALGO PARA EMPEZAR ..... 13

I.– ¿QUÉ ES ESO DE DEMOCRACIA? ..... 17
II.– PASANDO REVISTA ..... 23
III.– EL ENEMIGO FRAGUADO ..... 31
IV.– LA ETERNA DIALÉCTICA ..... 33
V.– UNA CONTRADICCIÓN EN LOS TÉRMINOS 39
VI.– LA PROMESA NO SE CUMPLE ..... 45
VII.– LA PLUTOCRACIA COMPROMETIDA ..... 53
VIII.– LA PROGRESIÓN DEL MAL ..... 59
IX.– LA CONFUSIÓN COMO ESTRATEGIA ..... 65
X.– SALDO DEUDOR ..... 73
XI.– VÍA MUERTA ..... 81
XII.– SUMAS RECIENTES ..... 85
XIII.– EL MODELO 2000 ..... 95

XIV.– ALGO PARA TERMINAR ..... 101

# PRÓLOGO

*Las circunstancias por las que atraviesa la República, en estos días finales de 1983, tornan necesario, más que nunca, el concurso de toda reflexión inteligente aplicada a los males que afligen a la vida pública de los argentinos. Sin duda, no es sencillo confeccionar un catálogo completo de las calamidades nacionales, ordenadas según su mayor o menor gravedad. Pero hay una de ellas que —independientemente de que sea o no la más grave— parece resumir el núcleo de nuestra impotencia para salir victoriosos. Se trata de la* confusión. *Los enemigos del modo de vida tradicional, según el cual surgiera a la existencia histórica nuestra patria, han generado una babel ideológica y semántica que ha posibilitado la substitución de los principios verdaderos por mitos que son el fruto de la propaganda y del monopolio de los instrumentos de comunicación social.*

*Uno de los mitos contemporáneos es el de la* soberanía popular, *el cual, desde los tiempos de* Rousseau, *y a pesar de estar condenado por la Iglesia y la recta razón, viene ejerciendo una influencia nefasta en los ciclos políticos argentinos. Como todo mito, no es susceptible de discusión racional alguna. Su vigencia se impone por la magia de las pasiones y su ropaje semántico es la palabra* democracia.

Alberto Falcionelli *ofrece a los lectores de* MOENIA *una reflexión personal sobre la democracia, centrada no tanto en*

*sus matices doctrinarios o ideológicos, sino en los hechos de la historia contemporánea, en la cual él tiene autoridad de maestro. En particular, debe advertirse que la noción de* democracia, *tal como ella es entendida en nuestros días, tiene el dinamismo que le van imponiendo los acontecimientos que jalonan el proceso de la Revolución Mundial. Y en esto* Falcionelli *es especialista. De ahí el valor y el interés que tiene este trabajo, en orden a la claridad del juicio sobre nuestra concreta situación política.*

*Pero, como de hechos se trata, ni la más aguda reflexión puede superar la contingencia que los caracteriza. No debe verse, por lo tanto, en esta obra, la formulación de una verdad universal, sino una opinión razonable y fundada. De otra parte, tampoco se expresa en estas páginas la opinión de* MOENIA. *Hay, sí, identidad de principios, y una común pertenencia a la Tradición del orbe cristiano. Pero* Falcionelli *es un hombre singular: francés, sin que ello empezca su fidelidad a la Argentina, su patria adoptiva, monárquico y maurrasiano; y no de una manera superficial, sino apasionadamente y hasta la médula. Un hombre que escribe en ejercicio de una libertad interior admirable. Nosotros, pues, que no somos franceses, monárquicos ni maurrasianos —o por lo menos, yo no lo soy— no es preciso que coincidamos en todos los rasgos personalísimos de su pensamiento y estilo. Mas, también en ejercicio de nuestra libertad interior, fruto del amor común a la verdad, publicamos con satisfacción este breve libro.*

Félix Adolfo Lamas

*La democracia es la esperanza del mundo*

Franklin Delano Roosevelt

*La democracia salvará a la democracia*

Eduardo Frei Montalvo

*La democracia es un tránsito de materias*

Herbert Spencer

*La tierra gira el tiempo es corto*
*diez mil años son demasiado largos*
*aprovecha la mañana y la tarde*
*las nubes y las aguas rabian*
*los cinco continentes entran en erupción*
*por tempestades y truenos...*

Mao Zedong

*Sopla un gran viento, Señor...*

Alfred Döblin

*Así, en los tiempos de las fábulas,*
*después de las inundaciones y de los diluvios,*
*salieron de la tierra hombres armados*
*que se exterminaron*

Montesquieu

## ALGO PARA EMPEZAR

*Por enésima vez en cincuenta años, estamos por pisar, —definitivamente se lo espera—, los atrayentes umbrales del paraíso democrático. Ello me impulsa a reflexionar de nuevo sobre esta determinación recurrente y, por lo visto, irrenunciable, que habrá de llenar de gozo todos los instantes de nuestra vida, de ahora en más.*

*Hace algunos años ya —inspirado* a contrario *por la lastimosa "Démocratie française" del Sr. Giscard—, escribí algunas páginas al respecto. Esperaba con ellas, no por cierto entreabrir las puertas doradas de ese paraíso, hasta la fecha más imaginado que conocido o vislumbrado siquiera, sino buscar las causas por las que dichas puertas han permanecido inexorablemente herméticas a partir del momento mismo en que se nos anunció su apertura, hace algo más de doscientos años. Esta búsqueda se parece demasiado al dicho del barbero: "Mañana se afeita gratis", para que no resulte monótona, o bastante parecida a la tomadura de pelo.*

*Esto quizá signifique que el fracaso tantas veces repetido de la empresa se debe a la no existencia de la tierra prometida, y que quienes siguen buscándola sin dejarse descorazonar serían otros tantos pescadores de ilusiones, víctimas de un espejismo incurable. En otras palabras, y lamento tener que expresarlo con tanta llaneza, si no se encuentra a la democracia es simplemente*

*porque no es, y no es porque no puede ser. El paraíso terrenal es un recuerdo, un recuerdo nostálgico, el paraíso perdido en el mejor de los casos.*

*Se me contestará que los países anglosajones, padres de la criatura, viven en democracia, se mantienen en estado de democracia contra vientos y mareas y se hallan felizmente sumergidos en instituciones democráticas como el embrión en la placenta. A lo que contestaré a mi vez: primero con Vilfredo Pareto, que más que democracias los países anglosajones son plutocracias; luego, que el estado de satisfacción democrática de que gozarían los súbditos de S.G.M. y los libros ciudadanos de la Unión es reflejo pasivo de la "idea democrática" primigenia —desvirtuada y manipulada— lanzada a la conquista del mundo hasta entonces civilizado por pensadores y tratadistas (hoy, los llamados "politicólogos" y, peor aún, "politólogos") que la habían elaborado en total abstracción, sin pensar que quienes iban a recoger el legado, así los "idealistas" como los practicones, tendrían que remodelarla radicalmente para proporcionarle una semblanza de adherencia a la realidad. O, como sucede en los Estados Unidos, un comfort general que permita pasar por alto cualquier contradicción entre lo que se es y lo que se debería ser.*

*Y el mundo ha ido arrastrándose de utopía en utopía, a la zaga de promesas siempre renovadas al término de cada fracaso —"los mananas que cantan", cuya melodía nunca se oyó—, hasta caer en un estado de caquexia que, como se ha dicho, es la antesala de la "utopía en el poder". Derivación ésta, la más dinámica, la única dinámica seguramente del mensaje de los primeros días, digamos para simplificar, del que brota del recalentamiento mágico-imaginario que se había adueñado de la mente desordenada de Juan Jacobo Rousseau,* citoyen de Genève...

° ° °

*Lo que viene a continuación es la versión actualizada de un ensayo escrito con el mismo título y sobre el mismo tema que una revista de Buenos Aires —"Verbo"— publicó en 1977. Hubiera sido inútil aportarle otras modificaciones que las puramente formales pues, en suma, la democracia sigue siendo lo*

*que era entonces, y yo lo que siempre fui. A menos que, como es probable, ambos hayamos empeorado de consuno. Reconozco para mejor información del lector que, en materia de religión democrática, permanezco incurablemente agnóstico. Hasta la impenitencia final, con la ayuda de Dios.*

° ° °

*"Quien tiene las causas, tiene los efectos", decía Maurras. Busquemos otra vez, pues, la causa por la que, al empeñarse en imponer su imperio sin lograr encontrar existencia propia —ni consenso universal—, la "idea democrática", al ponerse en acción, sólo puede desembocar en la confusión y en un desierto siempre más extenso de destrucciones. Y, ahora sí, tenemos respuestas precisas, que son las que nos vienen del Este.*

*Pues bien, lo que viene del Este es el contragolpe de lo que, a él, le vino del Oeste. A condición de tenerlo en cuenta, empezaremos a entender que, entre nosotros, la "idea democrática" es una idea muerta. Pues lo que no logra resistir, o está muerto o nunca existió.*

° ° °

*Para terminar, cedo la palabra a François Brigneau, honor de los periodistas, a quien la experiencia mitterrandiana, y premitterrandiana inspira las siguientes definiciones que adopto como premonitorias para nosotros, ya que es acertada en todos sus términos, incluso los nuestros: "Pues bien, no soy demócrata. No puedo adherirme a ese sistema que permite que el elector elija sin ser jamás responsable de su elección. Tengo la convicción de que los resultados de la experiencia actual serán desastrosos. Va a costar el precio de una guerra. De una guerra perdida. Las clases medias saldrán laminadas de la prueba. El país pondrá largos años en recuperarse del paso de las langostas socialistas. No es imposible que los demagogos actualmente en función lo paguen caro. Con su vida quizá. Pero el pueblo, el pueblo soberano, el pueblo que los ha elegido, el pueblo que habrá permitido esa lamentable aventura, ese largo cortejo de desgracias y de miserias que vemos aparecer en las brumas de la noche francesa, ese pueblo responsable ¿quién lo castigará?*

*Nadie ¿Cuál será su sanción? No conocerá ninguna. Siempre tendrá razón, que se empeñe en el error o que se desdiga, puesto que será el número".* *

Alberto Falcionelli

* François Bilgneau: *Mon village à l'heure socialiste;* París, 1982.

# I. ¿QUÉ ES ESO DE DEMOCRACIA?

Pongámonos de acuerdo desde el vamos: no uso el término "democracia" más que cuando no me queda otro remedio —como sucede actualmente—, pues nadie logró jamás ilustrarme acerca de su sentido exacto, acerca de los modos de su relación con la realidad, ni siquiera el mejor dotado cultor de la así llamada Ciencia Política contemporánea. De tal suerte, a pesar de la sentencia rooseveltiana que figura en el epígrafe y que es la expresión de la determinación religionaria más absoluta; a pesar de los dichos emitidos por W. S. Churchill *inter pocula cynicorum* acerca de la naturaleza imperfecta, pero única aceptable, de esta institución; ninguna glosa teórica, ninguna constancia histórica, filosófica o sociológica lograron persuadirme de que "la democracia es la esperanza del mundo", o aun "el menos inaceptable de los sistemas políticos, por poco satisfactorios que todos resulten"; y de que, por vías de consecuencia, la democracia, reducida a sus propios recursos, nunca jamás logre salvar a la democracia, ente increado y, por lo visto, nada dispuesto a nacer. Pues su signo invariable, un signo negativo reñido con toda realidad, es por lógica natural la indefinición y, consecuentemente, la fuente de todas las desuniones políticas. La confusión del Cielo y de la Tierra, en suma, lo que me lleva a suscribir sin la menor vacilación la sentencia del Cardenal de Richelieu: "La salvación de las almas se cumple en el Cielo, la de la Ciudad

se cumple en la Tierra", la cual ilustra marginalmente la definición algo escatolífica debida al padre de la filosofía evolucionista. Incluso lo que los doctrinarios y los profesionales de la política, sus usufructuarios, llaman "democracia pluralista" —en la que todas las bondades de este polifacético hallazgo deberían encontrar su punto óptimo de conjunción— es justamente esto: indefinición y desunión.

Para comprobarlo será suficiente, además de conveniente, que nos reportemos a los compases finales de la segunda guerra y a sus secuelas todavía actuantes y más deletéreas si cabe que en aquellos tiempos aciagos.

Con la derrota del Eje —dejémonos de rumiar pamplinas como ésa de la "Cruzada común de las democracias contra el fascismo"—, la palabra "democracia" no ha dejado un solo día de llenar discursos y tratados, de ocupar cátedras, editoriales, tribunas y tribunales, de invadir todos los instantes de nuestra vida, de irrumpir sin la menor justificación aparente en los rincones más reservados de nuestra intimidad, de imponernos el método preciso e inapelable que nos permitirá ser por fin ciudadanos decentes. Quien —Usted y yo— sentía y vivía, por así decirlo, como la buena gente, democráticamente, esto es, sin darse cuenta de ello porque no lo hacía por mandato ideológico, sino por buena crianza y cordialidad natural, se vio colocado de sopetón ante la obligación insoslayable de proclamarse democrático a voz en cuello desde los tejados, de acariciar con sus arrullos los oídos de los nuevos Catones (y de huestes armadas para evitar lo peor), de mostrarlo incluso en su modo de vestir y en su trato selectivo con los vecinos y sus familiares mismos. A partir de 1945, todo ciudadano ha sido medido —sigue siéndolo más que nunca, si bien quizá sin tanta vociferación— con el metro de la democracia, que era y que es el único metro jurídicamente registrado. Todo centro cultural, toda asociación profesional, toda sociedad de fomento o de beneficiencia tuvo y tiene que adornarse con ese calificativo. En esto se ha ido más lejos aún que en la época del fascismo del que, por lo demás, sería razonable de una vez por todas y para una correcta inteligencia del tema, que dejáramos de confundirlo con el na-

cionalsocialismo y con el mismo totalitarismo en sí. Totalitarismo no ha habido más que dos ya que este fenómeno, propio del siglo XX encuentra su verdadera naturaleza y su cumplimiento en el nacionalsocialismo precisamente y en el marxismo-leninismo. Es sintomático, en efecto, que entre todos los movimientos políticos registrados en Europa entre las dos guerras y hasta el final de la última, a los que, simplificando, los portadores de la Conciencia Universal tacharon de "fascistas", el único que, con el comunismo, se puso bajo el signo de la bandera roja fue aquel que Hitler inventó y lanzó al asalto del mundo con el triple propósito de imponer la dominación de la raza ario-germánica al resto de la humanidad, liquidando físicamente a los "racialmente impuros", de eliminar a los remanentes germánicos o no de todas las estirpes de origen aristocrático, de destruir al capitalismo considerado por él como "instrumento del judaísmo internacional". Fascismo no hubo más que uno, el italiano, creado para los italianos por Mussolini que, con él, gobernó a Italia, muy bien por añadidura, durante más de veinte años. Esto lo reconoció, cuando aún dirigía "L'Express", el imprevisible J.J.S.S. (Jean-Jacques Servan-Schreiber), atleta de todo progresismo habido y por haber. Pues bien, el fascismo mussoliniano, fue una empresa, no socialista por cierto, ni populista tampoco, sino nacionalista y corporativista, que surgió de la voluntad de resistencia de las clases medias ante la amenaza comunista; movimiento propiamente "reaccionario", pues, y justificadamente reaccionario en el sentido etimológico del término puesto que, para contener con eficacia la marea roja, debía substituirse a los partidos burgueses —liberales, democristianos, socialistas reformistas—, dispuestos a todos los cedimientos ante ella y atrapados ya en esta vertiente. Los campeones gordos y menudos de la Conciencia Universal deberían tener presente que cuando se califica a alguien o a algo de reaccionario, habría que empezar por establecer contra qué este algo o este alguien reaccionan y de qué medios se valen para defenderse porque toda defensa es obviamente una reacción, la que nos lleva a resistirnos a un agresor armado de puñal, por ejemplo, al que no perderemos nuestro tiempo y nuestra vida preguntándole cuáles son sus

intenciones. En lo que hace a la necesidad de no confundir fascismo y nacionalsocialismo, se opone el hecho cierto de que Mussolini se alió con Hitler. A lo cual contesto con la pregunta: ¿con quién se aliaron Franklin Delano Roosevelt y Winston S. Churchill si no con el portador habilitado del totalitarismo marxista-leninista? Si se insiste en confundir "fascismo" y nacionalsocialismo, sería lógico proceder a la misma operación con respecto a la alianza del descendiente de Marlborough y de su socio transatlántico con el "bandolero georgiano" (W. C. Bullitt *dixit*).

Lo real —lo real es racional ¿no es cierto?—, lo real es que, en aras de la irrenunciable religión democrática, la confusión tenazmente buscada se ha cumplido de modo irreversible: derecha = fascismo; fascismo = nacionalsocialismo; nacionalsocialismo = horno crematorio. Y como derecha = fascismo y éste nacionalsocialismo, por consecuencia irrebatible, derecha = horno crematorio, esto es, vocación oculta por el genocidio. Genocidio y horno crematorio, derecha, fascismo y nacionalsocialismo, reacción para coronar el razonamiento, son términos intercambiables que, todos, expresan idénticas manifestaciones del mal en la tierra. Por consiguiente, la democracia es el bien y el bien es la democracia.

En efecto, desde hace casi cuarenta años ¿qué han sido nuestros países? Democracias, y democracias que se quieren, pretenden ser por lo menos "duras y puras". ¿No sostenía un gran rotativo de Buenos Aires en noviembre de 1955 que "el único totalitarismo aceptable es el totalitarismo de la libertad" (cito de memoria)? ¿Por qué nuestros países se empeñan en tener eso que llaman "política exterior", característica de los sistemas autoritarios, reñida, por consiguiente, por su naturaleza (o su no-naturaleza) con el *laissez faire, laissez passer* propio de la idea democrática que no se concibe a sí misma más que en escala mundial, suscriben alianzas, o las ponen en hibernación a la espera de reanimarlas para el caso etc., etc.? Para salvar la democracia. Era más coherente el presidente Frei que quería salvar la democracia sin suscribir alianzas más que con la idea democrática, algo así como la serpiente que se muerde la cola.

¿Por qué Inglaterra, Francia, Holanda, España, Portugal, etc., tras haberse liberado de la "carga del hombre blanco", se somete a la obligación, aceptada por ellos como deber absoluto, de distribuir miles de millones de dólares a sus antiguos protegidos más o menos melánicos? Para encaminarlos a la práctica de la democracia, aun cuando recorran este camino sobre alfombras de cadáveres. Que lo que queda —quiero decir, el país ex colonialista mismo, la Pérfida Albión, la Dulce Francia, el País de los Pólderes, la piel de Toro, la Patria del Oporto— vaya deslizándose en la crisis económica latente hacia la catástrofe final, que estos antiguos centros de civilización se reduzcan mientras tanto a meras expresiones folklóricas, y a sucursales financieras de sus antiguos "esclavos" petroleros ¿qué más da, con tal de que la idea democrática siga alta en el empíreo?

Con todo, y en suma ¿de qué democracia, de qué defensa de la democracia, de qué educación democrática se trata?

Pregunta ésta que exige no pocas, además de extensas, contestaciones.

## II. PASANDO REVISTA

Democracias y métodos democráticos hubo y hay en cantidades, casi diría incalculables. Se las concibe, promueve y difunde (*id est*, impone) de modos tan disímiles que ni siquiera Dios Nuestro Señor, si fuese democrático, reconocería a los suyos. Intentemos ensamblar las distintas afinidades.

Tenemos la democracia laica, "laicista" de vocación, masónica de fundación y afirmación, más bien conservadora —de lo suyo, claro— de derivación francesa, modelo 1789, corregida y perfeccionada en 1875, 1946 y 1958, siempre jacobina en su esencia, con sentido agudo de la propiedad (mal habida) a través de las operaciones de saqueo de la Revolución francesa y del Imperio napoleónico, y de sus herederos que crecieron como hongos hasta nosotros al amparo de la Liberación. La cual, dentro de pocos años, habrá de celebrar su segundo centenario, quizá en sentido total (totalitario) mediante la operación "Mitterrand-PS-PC", actualmente en gestación.

Tenemos la "democracia progresiva", de derivación americana, igualmente masónica —por filiación británica—, pero, además, puritana modelo Declaración de Derechos (la que habla del "derecho a la felicidad", del que han brotado tantas desgracias de la época moderna), corregida por no pocas enmiendas en los cauces contradictorios, aparentemente contradictorios, del populismo y de la plutocracia. "Modelo desfigurado" de sí mis-

mo, como apunta Thomas Molnar, que Vilfredo Pareto tomó como ejemplo para fijar los rasgos de lo que llamaba demoplutocracia, con todas sus derivaciones demagógicas.

La primera es la del "pueblo soberano"; la segunda, la del "ciudadano rey".

Tenemos la "democracia social" —la socialdemocracia, pues— escindida del primitivo socialismo revolucionario que, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, se hizo evolutiva, "reformista" decían sus promotores de la Segunda Internacional, Eduardo Bernstein, Jean Jaurès, Antonio Labriola, etc., tachados luego de "social traidores" por Lenin, siempre generoso en definiciones comprensivas. Esta socialdemocracia originaria ambicionaba ser aceptada por los gobiernos "burgueses", aun de forma monárquica, con sus representantes en el gabinete ministerial ya antes de la primera guerra, que les permitió hacer sus pascuas al amparo de la Unión Sagrada, motivo, no del todo injustificado, del furor leniniano.

Tenemos la "democracia socialista" que, sumando y restando, es, versión Mitterrand, comunismo (todavía) vergonzante: durante mucho tiempo, socialismo y comunismo habían sido sinónimos, lo que limitaba su difusión en el mundo obrero más bien anarquizante estilo Bakúnin, e impulsaba al Estado liberal a las represiones más feroces, de las que la más "ejemplar" es la de la Comuna de París. Aún prefiere actuar como corriente autónoma en su elaboración de la lucha de clases, pero aliándose estrechamente con el PC, abierta u ocultamente, para valerse de su "cooperación" mientras sigue siendo fuerte o, como dicen sus dirigentes, con sonrisa cómplice, para recoger y encaminar decentemente sus últimas tropas para el caso de que decline o se derrumbe: pero, y es la única realidad, sacándolo del placard en el que se asfixia, entregándole carteras ministeriales vitales para que logre compensar sus sinsabores electorales y actúe así con mayor eficacia. Pues lo propio del comunismo es saber siempre transformar dialécticamente sus derrotas en victorias, operación facilitada aún más por esta participación ministerial. Este es el caso, repito (como lo era de Willy Brandt), del ya citado François Mitterrand, con su PS pretendidamente

antisoviético pero que hace buena letra con los cuatro miembros de la sección francesa del PC de la URSS que actúan, conjuntamente a una docena de "submarinos" más en el gabinete ministerial presidido por el increíble *"Gros Quinquin"* Pierre Mauroy.

Tenemos, pues, la "democracia popular", esto es, totalitaria, dictatorial y tiránica, pertenezca su jefatura a un "Jefe Genial", a una dirección colegiada o a una mera delegación de poder (que tal es el caso de los gobiernos satélites), con todas las variaciones dialécticas imaginables, que van del "culto de la personalidad" al extravagante invento del "eurocomunismo", del "centralismo" al "policentrismo" (democrático, por supuesto), con la constante del partido único en su filigrana permanente, cuya encarnación más reciente es la democracia sandinista. Ésta, por lo menos, no disimula su naturaleza y sus intenciones, mal que les pese al compañero Mitterrand y al guevarista Régis Debray, su asesor "latinoamericanista". Pues, mientras ellos hablan del pluripartidismo nicaragüense, el comandante Humberto Ortega, termocéfalo número uno de la revolución centroamericana, sentencia: "Hay que decirlo de una vez por todas, la democracia no comienza ni termina con las elecciones. Querer reducir la democracia a este tipo de condición, es un mito..."[1]. ¡Claro!

También tenemos la "democracia cristiana", de la cual se decía antaño: "Cuando más democrática, tanto menos cristiana". Dio sus primeros pasos a partir de la mitad del siglo pasado con el membrete de "catolicismo liberal", primero, de "cristianismo social", luego, ambos de filiación lamennaisiana, esto es, a la vez socializante y antiliberal al tiempo que portadora de la pretensión de reconciliar, de conciliar, Religión y Revolución, con sus especialidades no muy concordantes, francesa, alemana, belga, italiana, chilena, venezolana, etc., un etcétera en el que se agrupan los varios fragmentos de la diminuta DC argentina.

---

[1] Thierry Desjardins, en "Figaro", de París, version de "La Nación", de Buenos Aires, 7 de junio de 1983.

Y, desde hace algunos años, finalmente, tenemos la "democracia orgánica", de la que nadie sabe lo que es en realidad, más que atraer a algunos elementos antiguamente "de derechas" y aun "fascistas", que han creído descubrir en esta nebulosa un salvoconducto capaz de proporcionarles un mínimo de aceptación en la sociedad política contemporánea. Este es, entre otros, el caso de algunos sectores militares y civiles de nuestro país, decepcionados por el llamado Proceso, a cuyo fracaso han contribuído unos y otros a su manera, y deseosos de rehabilitarse en el sistema político que se nos promete, pasando por las aguas lustrales del "ideal democrático".

Todas democracias, por consiguiente. Y ninguna que se parezca a las demás. Se oponen incluso entre sí, tanto en su fundamentación teorética, como en su actuar práctico. Unas, más que otra cosa, quieren ser *método* pragmático, es decir, libre discusión y organización electoral; otras, sustancia más social que política, que puede llevar, y de hecho, lleva a la negación del pluralismo y del mismo conceptualismo electoral (*Cfr.* los dichos del comandante Ortega). Todos orientadas, empero, por lo que les llega desde afuera, de donde esperan recibir el sello de legitimación que les dé apariencias de vida propia, cuando ésta no es sino vida refleja que les viene, a unas desde Estados Unidos o Gran Bretaña, lo que resulta ser lo mismo por encima de algunas variaciones epidérmicas; a otras, desde la Unión Soviética, ya sea directamente, ya sea por satélites interpuestos; y a algunas, desde los Sagrados Palacios.

Más que cualesquiera otros pretextos, las mancomuna —en lo único que tengan claramente programado por tácito acuerdo— el antifascismo, visceral o imitado, esto es, y mejor dicho, una idéntica, ya que no auténtica, "vocación antifascista". Que a esa vocación responden los comunistas y las varias vertientes del socialismo, aun la pretendida derecha de los Sres. Giscard, Chirac, Fraga, etc., vaya y pase. Ello pertenece a su naturaleza, es su naturaleza, y pronto veremos de qué modo Vilfredo Pareto analiza y define su giro mental. Pero ¿el Vaticano y, nominalmente, el que reinó con el nombre de Pablo VI? Mejor no insistir recordando el pasado, el que arranca de los Acuerdos de

Letrán...

Hasta ahora —repito, a los casi cuarenta años de la desaparición del fascismo—, esa vocación común ha mantenido entremezcladas, como en un callejón sin salida y sin luz, las varias democracias emergidas, o vueltas a emerger a consecuencia de la derrota del Eje. Ha permitido que algunas de ellas hayan estado o estén juntas en el gobierno; a otras, las ha ayudado a prosperar "óptimamente" en la oposición bajo la mirada aprobadora de las demás. Pues nunca desaparece, ni en unas ni en otras, una propensión natural a aglutinarse, cada vez que les resulta conveniente electoralmente, contra un fascismo supuestamente resurgente, o contra agrupaciones y movimientos de los que se presume, siempre cuando conviene, que son tendencialmente propensas al "golpismo militar" (o sea, al "extremismo de derecha"), igualmente rechazado *in fine* por los portadores de la "democracia orgánica", por lo general inspiradores y asesores civiles de dicho golpismo cuando está en gestación, o mientras, una vez ejecutado, las cosas parecen andar bien para él.

Fuera de lo cual, cada una de estas variantes del ideal democrático se caracteriza por una desunión permanente, no sólo con las demás sino igualmente entre sus propias corrientes internas: sonrisas, abrazos y golpes bajos. Giscard se pelea "a muerte" con Chirac, Carter se peleaba con Moynihan, pero éste le obedecía en las Naciones Unidas; Brandt con Wehner, pero ambos trabajaban de consuno para elaborar una luminosa *Ostpolitik;* Callaghan, con Michael Foot, y éste con Tony Benn, "el marqués rojo"; Brézhniev, con Podgorni; Andrópov, con Chernenko, Santiago Carrillo con la insuperable Pasionaria y, ahora, entre nosotros —si bien los nombres importan poco pues esa manera de "hacer política" es una eterna repetición—, Alfonsín con De la Rúa, Luder con Cafiero, Manrique con los demás y, todos juntos, contra los militares. Si no amenazase con desembocar en situaciones trágicas, el espectáculo resultaría hilarante. En este momento de lo que, de ser marxista, yo llamaría "etapa final de pudrimiento de la democracia formal", ésta se brinda cada vez más como una merienda de negros. Con todo, cada vez que las rencillas internas se tornan demasiado

agrias, con oportunidad milimetrada en escala planetaria, irrumpe la "amenaza fascista". Allí es donde todos se ponen, vuelven a ponerse de acuerdo. Para salvaguardia de la irrenunciable "repartija" efectuada de una vez por todas.

Es innegable, en efecto, que todas las formas democráticas, incluídas las "moderadas", al tiempo que denuncian para reprobación universal toda forma de extremismo —guerrillero y terrorista, es decir, filial del comunismo y del socialismo tácitamente unidos con vistas a la conquista y a la conservación del poder—, nunca atribuyen la responsabilidad de sus actos al primero. Pues, por intermedio del PS y en aras del "ideal democrático", se lo reconoce como políticamente decente: "*Pas d'ennemis à gauche*", sentenciaba Edouard Herriot. Por consiguiente, el comunismo es sanamente democrático. Todo lo que sucede *du côté de chez Carlos* es culpa de grupúsculos anarcoides, o bien marxistas cismáticos, o bien —preferentemente— "fascistas" o de "extrema derecha". En ellos no se acepta ver lo que son en realidad, prolongación armada de dicho partido comunista soviético.

El terrorismo tiene múltiples componentes locales, pero se ha tornado fenómeno universal que no puede tratarse "localmente". Se ha vuelto inútil ya establecer distinciones entre terrorismo de izquierda y terrorismo de derechas. El terrorismo es uno solo, por encima de sus variantes, si me atrevo a decir, nacionales, porque su acción ha acabado ordenándose en una única finalidad. Digamos desde ya que todas las variantes del terrorismo convergen en una meta común: guerra sin merced ni descanso contra las sociedades occidentales, pertenezcan a la democracia formal o al sistema de autoridad. Para desestabilizarlas y destruirlas es suficiente que se muevan, de una u otra manera, en la órbita de lo que sus manipuladores les indican como capitalismo, imperialismo, fascismo. De esta suerte, el terrorismo se ha habituado en el nivel de una Quinta Internacional que actúa como parte integrante del sistema comunista mundial. El estudioso más actual de la cuestión, al término de un análisis minucioso, expone lo siguiente que, visto la realidad presente, habrá que aceptar como plenamente acertado: "De-

trás de los ejecutantes, se encuentra cada vez a los mismos inspiradores, que lo orientan, modulan su acción, eligen los temas y el terreno de las operaciones. Son los promotores de la revolución mundial"[2].

En esta perspectiva, los actos cumplidos por dosificación molecular en lugares distintos, por muy alejados que estén unos de otros, se complementan con las ondas expansivas emitidas por cada explosión. La central moscovita de los diferentes PC, que son sus correas de transmisión en el mundo llamado libre a la vez que sus agentes de intoxicación de los PS afines, utiliza estos actos para eliminar los obstáculos todavía existentes en el camino de la conquista del poder para uso y consumo exclusivo del único que sea capaz de conservarlo.

---

[2] Edouard Sablier: *Le fil rouge* (*Histoire du terrorisme international*): París, 1983.

## III. EL ENEMIGO FRAGUADO

En el lastimoso balanceo al que se entregan los portadores de la idea democrática entre extremismos de izquierda y extremismos de derecha para no tener que reconocer el carácter unitario del fenómeno y no verse constreñidos a pedir cuentas a sus inspiradores reales, el primero siempre resulta más "conducente", creen ellos, porque conformaría una base de seguridad para el mantenimiento del *establishment* creado o, mejor dicho, agigantado en la lanzada de la victoria en la "Cruzada común" contra el fascismo, cuyo renacimiento, según ellos, sería mortal para dicho sistema de dominación financiera y política. Pero como, por otra parte, todos tienen conciencia de que el fascismo sólo vive en el recuerdo de algunas minorías nostálgicas día a día más reducidas por razones biológicas —el MSI es una excepción, valedera únicamente para Italia como fue, por lo demás, el fascismo de Mussolini—, se sigue hablando de "amenaza fascista" por necesidades de terrorismo intelectual a las que se quiere someter a los más jóvenes que podrían ceder a la tentación de volver a actualizarlo o, simplemente, de querer obedecer a una pura vocación nacional, porque han descubierto que, desde 1945, los dueños del poder les han mentido impúdicamente (a lo cual se debe seguramente la merma considerable de votos sufrida por la DC en las elecciones generales de junio de 1983). Esta es la razón por la que los promotores de la

propaganda antifascista han tenido que completar su vocabulario para tener amalgamados a los hijos de los beneficiarios de la victoria y a los de los vencidos (se han amalgamado, por cierto... en 1968).

Se ha empezado, decía, a hablar de "peligro reaccionario" que permite agregar nuevas gamas al teclado. Este peligro siempre va aparejado con acopios vistosos de violaciones de los derechos humanos. Y aquí es donde los promotores de la "democracia orgánica" caen en el embudo por temor a pasar por otros tantos Heinrich Himmler. Los términos siguen designando a los mismos fantasmas, sin lugar a dudas, y siguen siendo intercambiables: el general Pinochet siempre seguirá siendo fascista (como sigue siéndolo Francisco Franco para la eternidad), así como el primer ministro Botha, puesto que están en el poder sustentándose, claro está, en "siniestros aparatos represivos", con lo cual el KGB va asumiendo todos los rasgos de una sociedad de beneficiencia, tanto más ahora que está, como siempre estuvo, en manos del "liberal" Iuri Andrópov. No escapa siquiera el mismo Franz Josef Strauss que, con su CDU, se empeña en no olvidar las tierras germánicas irredentas y en sostener que la Unión soviética es, sin remedio posible, una amenaza mortal para la paz y la humanidad: quienes militan en la derecha nacional —un Almirante, un Blas Piñar, un Le Pen— aun cuando se limiten a la prédica doctrinaria o a la acción parlamentaria son y serán siempre necesariamente reaccionarios, pero ¡ojo! con afición permanente por el genocidio para el caso de que, etc., etc., todo lo cual es de suma utilidad para mantener alerta, y embotado al elector y al militante.

Pero ¿qué es un reaccionario?

## IV. LA ETERNA DIALÉCTICA

Sumando y restando —visto que nuestros politólogos *au goût du jour*, a fuerza de simplificar se han vuelto simplotes hasta representar, no pocos de ellos, la función del tonto del pueblo—, sumando y restando, pues ¿qué es lo que llaman "reacción"?

Reacción es todo lo que pretende seguir oponiéndose al comunismo, y a todo lo que le abre camino, porque ve en él una amenaza mortal para su nación, para su familia, para su civilización, para su religión. Así de sencillo. Por ejemplo, en la época de su presidencia que tan cumplidamente desbrozó el terreno a las huestes de Salvador Allende, Eduardo Frei proclamó que "hay algo más repelente que el comunismo, es el anticomunismo". A comienzos de 1977, un cierto abogado Andrés Zaldívar, democristiano chileno él también, señaló como perfectos imbéciles a quienes definen al comunismo como "intrínsecamente perverso", olvidando solamente recordar que la sentencia pertenece al papa Pío XI (santón de toda democracia cristiana futura con su voluntad de imponer al mundo católico la imitación del *Zentrum* alemán, no ya la del viejo Windthorst, sino la de Matías Erzberger), lo que, admitámoslo sin reticencia, es un colmo tratándose de un dirigente de alto nivel —la altura de los niveles intelectuales y políticos ha bajado bastante de dos siglos a esta parte, y estiaje sería la palabra que más con-

viene—, que se pretende fiel seguidor de la doctrina social de la Iglesia, recibe la palabra pontificia como no dirimible en absoluto y, se lo supone, cumple con el precepto.

Pues bien, en la apreciación de los señores Frei, Zaldívar, Fanfani, *et al.*, semejantes individuos, dispuestos incluso a empuñar las armas para impedir la ocupación de la casa por el comunismo, son lastimosos y mefíticos "reaccionarios" y, por vías de consecuencia, "extremistas de derechas" infinitamente más temibles que sus compadres del "extremismo de izquierdas". Se puede intuir lo que dicen de ellos los demás demócratas, incluyendo a los del sedicente "centro derecha".

Todavía hoy, en Italia, país dominado durante varios decenios a continuación de la derrota militar del fascismo por una democracia cristiana festiva, corrompida y corruptora hasta el punto de que inspira repugnancia hasta a sus propios electores —ver los resultados de las elecciones de junio de 1983— se va a la cárcel en aplicación de la ley votada hace treinta y cinco años para castigar el delito de "apología del fascismo". Basta reconocer que Mussolini dotó a su país de una red de carreteras ejemplar, fertilizó el Agro Pontino, ganó la batalla del grano, hizo brotar trigo en miles de miles de hectáreas del desierto de Cirenaica, capeó con estupenda destreza la crisis de los primeros años 30, impuso durante veinte años una rigurosa gestión económica y financiera, etc., para colocarse bajo el martillo de la ley y, de pasada, al alcance del cuchillo largo del terrorismo. En los demás países democráticos, en Francia, por ejemplo, basta tender a la derecha, a la derecha nacional por supuesto, para verse reducido al silencio a través de las intrigas sutiles del terrorismo intelectual y ser eliminado de los medios, editores, revistas, diarios, cátedras, etc., lo cual tiene su contragolpe inmanente: con la "revolución cultural" modelada para gloria del expresivo Mitterrand por el inverosímil payaso que responde al nombre de Jack Lang, se ha llegado a calificar de derechista a Giscard, centro-izquierdista notorio tendencialmente socialdemócrata; al mismo Jacques Chirac, que quiere evitar toda confusión proclamándose "degaullista", lo que, en efecto, no contraría en absoluto a los jefes del PCF ni del mismo

PC de la URSS. Porque, a fin de cuentas, a Giscard, a Chirac, etc., se los tacha de derechistas porque el momento llegó de hacerles entender que cumplieron su papel de desbrozamiento y que, de ahora en más, su acción política, su sola presencia no podría ser más que freno del movimiento de la Historia. En el plano internacional que se sitúa más allá y por encima de las situaciones propiamente nacionales, siempre sujetas a las variaciones del monstruo electoral, la única derecha con plenas facultades de acción es la derecha económica, que es la que se encarga de los grandes negocios, por cuenta de todos los demás, con el comunismo soviético y chino. La otra, la verdadera derecha, o sea, la "derecha nacional", que es pobre por lo general, es extremista y, por ende, virtual y fácticamente terrorista. No espera más que una oportunidad para poner en marcha hornos crematorios actualizados y, mientras tanto, persigue con saña, y con bombas, a los judíos. Ahora bien ¿cómo se concilia esta acusación con el hecho de que, en Francia y en Italia, por ejemplo, los únicos sostenedores incondicionales de Israel pertenecen a la derecha nacional? La izquierda es anti-israelí y, a los efectos prácticos, antisemita. ¿Corre aún alguna diferencia entre antisionismo y antisemitismo? Conteste S. S. Juan Pablo II que concedió una audiencia prolongada, el día siguiente del atentado de la rue des Rosiers, al terrorista Arrafat, eximio degollador de judíos y de... cristianos.

Como no dispone de grandes órganos de difusión para defenderse, a la derecha se le puede atribuir con toda impunidad el asesinato de los atletas judíos cuando los Juegos Olímpicos de Munich, la bomba de la sinagoga de la rue Copernic, el ametrallamiento del restaurante casher de la rue des Rosiers, atentados de los que se sabe que fueron cometidos por terroristas amaestrados en los campamentos *ad hoc* de la OLP o del otro lado de la Cortina, pero que, infaltablemente, el compañero-multimillonario Gaston Defferre, ministro del Interior del clan mitterrandiano, atribuye sin pestañear "a la derecha", aun cuando su policía le entregue a los dos días los palestinos en cuestión. Por doquiera —aun en Francia, en Estados Unidos, en Inglaterra, en la misma Alemania Federal que no han tenido

nada que ver con ello— si alguien se atreve a sostener: 1 - que el sistema corporativo mussoliniano logró dar a la cuestión social soluciones mucho más equitativas que las de los geniales apriorístas del liberalismo, como bien se vio, lo recuerdo, con la crisis general de los primeros años 30, que destrozó al resto del mundo llamado capitalista; 2 - que el único totalitarismo ahora existente es el marxista-leninista en razón de la eliminación de su cofrade nacionalsocialista; si alguien, recalco, se atreve a sostenerlo, no serán necesarios mucho tiempo ni mayores esfuerzos para que se lo borre del mapa. Y tal es la razón por la que, desde todos los sectores democráticos, aun desde los "orgánicos", se le dispara flechas envenenadas a Aleksandr Solzhenitsin, a partir del momento en que se ha descubierto que su oposición al régimen soviético no se sostiene en un "idealismo" liberal modelo Revolución de Febrero, esto es, pandemocrático y masónico, sino de un inconmovible tradicionalismo ortodoxo, y monárquico, o sea, de un amor muy fervoroso, muy nacionalista en suma, por el legado milenario de la patria rusa.

Con toda intención, se deja entera libertad, una libertad *full part*, a otras apologías, a otros estandartes, a otras propagandas: la eminente dignidad del "humanismo" marxista-leninista, universalista y, por consiguiente, integral y, en su vertiente clerical, ecuménico; saludo con puño cerrado, visto como señal, no de odio, sino de unión para lograr la felicidad de la entera humanidad por la lucha contra el fascismo y la reacción, cuyo verdadero sentido es la remanida lucha de clases; banderas rojas con hoz y martillo, aceptadas como símbolos, no sólo de una irreconciliable lucha de clases, sino sobre todo de vigilancia común contra siempre inminentes despertares de la hidra fascista y la incansable insidia de la reacción al acecho: todo ello, bien entendido, en defensa de la Libertad, del Progreso y ¿por qué no ahora? de la Religión.

Un revólver modelo 14, con caño oxidado y culata floja, encontrado en el desván de un sospechoso de nacionalismo es causal suficiente para que el pobre diablo se encuentre acusado de conspiración contra el Estado (de derecho liberal burgués, entiéndase bien) y para que se consuma en la cárcel

durante seis meses o un año; después de lo cual, se lo suelta sin haberlo juzgado —no había motivos jurídicos—, pero debidamente fichado para otra oportunidad, en la que será presentado como reincidente. Mientras tanto, si no se ha destruído su vida y la de los suyos, se las ha mutilado irreparablemente. Pero, en nuestra gran prensa democrática —progresista, burguesa, bienpensante—, nunca se lee que el descubrimiento de arsenales ocultos de bombas, metralletas, morteros y municiones de todo calibre, suficientes para poner en campaña un batallón de guerrilleros, lleven a arrestos muy prolongados. Cuando a un activista de izquierda no queda más remedio que calificarlo de tal, la prensa se refiere a él señalándolo como "presunto terrorista"; un activista de derechas, siempre se brinda en la prensa como "terrorista" sin aditamento. La distinción es sutil, y eficaz. En estas condiciones, si ha tenido la suerte de desaparecer en misteriosas operaciones de limpieza ¿qué riesgos graves corre el juvenil Eróstrato capturado? ¿No hay amnistía general a cada resurgir de las instituciones democráticas? Y, siempre, allí están para proteger a las "presuntas" víctimas de la reacción, copiosos elencos de abogados en el Viento de la Historia que actúan sobre el contrapunto de los "cristianos para el socialismo", lanzados al graznido planetario por alguna que otra Vicaría de la Solidaridad, o por un increíble Premio Nobel de la Paz a la cabeza de una pandilla de Madres de la Plaza de Mayo.

Así puesto en guardia, el magistrado interroga al "inocente inquilino" en cuyo domicilio se encontró el arsenal —por casualidad, pues lo que se perseguía por los techos era a un inocuo ladrón de gallinas— y se lo suelta el día siguiente, con toda delicadeza, cuando no con excusas, tras haber comprobado su real filiación democrática. Esto es lo que sucede en la Francia de Mitterrand, en la España de Felipe González y aun, pese a todo el "resto", en la Argentina del general Bignone. A la espera de algo mejor.

Así anda el teatro del mundo...

## V. UNA CONTRADICCIÓN EN LOS TÉRMINOS

En política como en toda relación del hombre con la espepecie y con el Creador, lo que la democracia más aborrece es la unidad, porque la unidad presupone permanencia de la autoridad, respeto de la jerarquía, culto atento y despierto de la verdad. Y la verdad no puede ser más que una. Exige, para empezar, conocimiento del bien y del mal y, luego, buen uso de este conocimiento para combatir al mal y contrarrestar su acción de obscurecimiento y de disgregación. La democracia, matriz de la Revolución, es un tósigo universal, aplicable a cualquier organismo, en cualquier circunstancia de tiempo y de lugar. Su fin es el desmembramiento de la Ciudad a pesar de ella misma, por encima de sus defensores naturales, mediante la paralización homeopática de sus protecciones interiores. Con su disposición perpetua para la mutación, que le sirve de cortina de humo y le permite revestirse de todos los disfraces empezando por los más tentadores, es indestructible en su esencia demoníaca. Como sostenía el abate Lantaigne: "Aunque perdure para nuestro castigo, no tiene duración"[3]. En efecto, cambia de piel apenas se descubre sus intenciones y se renueva para intoxicar por etapas sucesivas la sociedad que quiere conquistar y, cuando ha logrado desunirla aislando a unos de otros los centros de resistencia sobrevivientes, deja paso a la Revolución, cuyo objeto es destruirla en su totalidad inmanente y trascen-

dente. De suerte que, como la Revolución es satánica en su esencia (esto, lo dijo Joseph de Maistre, uno de los reaccionarios que tanto le gustaban a Eduardo Frei y siguen gustándole al Dr. Zaldívar), la democracia es intrínsecamente perversa. No en su formulación teórica —que nadie jamás logró precisar porque la indefinición es el medio más eficaz para la desunión— sino en su acción difuminada que es la del tumor que, paso a paso, invade al organismo entero arrastrándolo a su eliminación final por la metástasis revolucionaria.

No la Revolución por sí sola, sino la democracia en sí es el cáncer cuyo agente de difusión rechaza consultar a quien podría curarlo, se empeña en eliminar todos los anticuerpos que podrían impedir su progresión. La sentencia increíble según la que "la democracia salvará a la democracia" —hallazgo debido a uno de los termocéfalos demócratas cristianos más prominentes— es justamente la receta por la que el cáncer acaba haciendo metástasis. Un cáncer que, repito, no tiene definición ni naturaleza aprehensibles, porque es proteico, se cultiva a sí mismo en su propia mutación, se extiende sorteando todas las resistencias con la seguridad de que nadie logrará proteger al organismo afectado, atacando a otras partes del cuerpo social, sorprendiéndolas unas tras otras, desprevenidas e indefensas, y

---

[2] Anatole France: *L'orme du mail*, primer volumen de su "Historia contemporánea". Entonces —1896—, France era todavía "reaccionario". ¿Dejó realmente de serlo *in latebris conscientiae*? Esta es cuestión opinable. Maurras, que lo quería, sostenía que nunca dejó de serlo pues, decía, su cambio, a él impuesto "dulcemente" por su amiga, la señora de Caillavet, nacida Lippmann, tuvo su fuente, como en el amor del escritor por "*la paix chez soi*" y en su escepticismo desencantado, en su adhesión —a regañadientes— al clan dreyfusista del que su Ninfa Egeria era promotora por razones obvias. Por una vez, no comparto la opinión de mi maestro pues si bien es cierto que Madame Arman lo condujo suavemente al dreyfusismo y a la izquierda —festiva en los comienzos—, también lo es que su escepticismo y su gusto por la tranquilidad, si me atrevo a decir, "hogareña", difícilmente se concilian con su adhesión final al comunismo, que resulta incomprensible en un hombre de cultura refinada, en un hedonista tan delicado.

desvitalizándolas sucesivamente en una cadena ininterrumpida de eliminaciones alternadas. Operación cuyo pretexto originario es la felicidad prometida a los elegidos y a los sumisos, mas que acaba en la muerte de quienes se desunieron por efecto de este espejismo. Aquí hay algo que decir.

Se recuerda que la "Felicidad" fue el derecho que, en su Declaración, los masónicos promotores de la Unión norteamericana prometieron a sus administradores, y en el que sus sucesores insisten preferentemente. Tengamos en cuenta que este despropósito ha sido adoptado pandemocráticamente, y escuchemos lo que François Brigneau apunta al respecto: "...el Sr. Giscard d'Estaing acariciaba ya esta idea de que la felicidad es un derecho que la sociedad debe asegurar a sus administrados...

"Estos zanahorias con patas, dueños de una boleta electoral han de ser los más decepcionados. Pues bien sabemos que tenemos toda la razón, nosotros, los reaccionarios, cuando sabemos que la felicidad, ningún país en el mundo puede garantizarla a sus hijos. La felicidad no es un derecho. Es algo raro, frágil, efímero. Un sentido misterioso de la armonía. Una disposición del alma. Una euforia nacida de un cierto arte de amar, que ciertamente no es un arte casero. De un don de sí que es un don de Dios"[4].

Esta conjuración que, desde hace largo tiempo, había empezado a lanzar sus redes —no es simple conjetura pensar en la acción subterránea llevada a cabo por Jan Comenius durante la guerra de los Treinta Años— tomó cuerpo con el triunfo de las Luces, inventores reales del "derecho a la felicidad" entre otras cosas e hijas del naturalismo renacentista, de la reforma protestante y de las sociedades de pensamiento orientadas por la masonería, pasó por las etapas del liberalismo y del populismo y acabó culminando en el totalitarismo marxista-leninista. Y no se puede excluir de ella, aunque sea sólo por inconsciente, aquella que algunos llaman "democracia orgánica" con la que

---

[4] François Brigneau: *Mon village à l'heure socialiste;* París, 1983.

una cierta cantidad de inocentes, repletos por lo general de buenas intenciones que no andan reñidas con un cultivo atento de la astucia, creen poder capear esta infección, integrándola para superarla, sin darse cuenta de que, con sólo pensarlo, ya están infectados. Como si se pudiese aislar y eliminar la peste limitándose a cantar himnos a la buena salud...

Esto de la "democracia orgánica" es una fórmula que no aclara nada —pero ¿qué es lo que aclara cualquier forma democrática, salvo la popular?— y que, por el contrario, sirve para enturbiar aún más la cuestión. Francisco Franco fue quien la halló a finales de la última guerra en la esperanza de que, con ella, sortearía la amenaza implícita en la *libris* triunfalista de los grandes portadores occidentales de la Cruzada común de las democracias contra el fascismo. No se dio cuenta de que si, en efecto, logró sortearla en lo inmediato —más por los primeros embates de la guerra fría que por las virtudes del invento—, no por ello impidió que, con esa "democracia orgánica", España se transformara a la larga, ya antes de que él mismo desapareciera, en terreno de elección de la metástasis revolucionaria finalmente desatada por la política de "democratización" y de "integración europea" emprendida por una asociación religiosa (sin fines de lucro) muy dinámica a la vez tan discreta como indiscreta. Además de pobrísimos engañabobos, esta forma configura un peligro más grave que la democracia, si me atrevo a decir, escuetamente democrática. Por cuanto, por ser una mera contradicción en los términos, únicamente puede desarmar y desarticular a los pocos elementos minoritarios todavía dispuestos a luchar contra la dolencia. La cual dolencia —dicho sea a modo de paréntesis, no del todo inútil por lo demás— se encuentra a punto de producir efectos fantasmagóricos en nuestro país. Aquí, a la vista de la convocatoria electoral anunciada para el 30 de octubre de 1983, se ha dado un fenómeno político propio de todo sistema político en descomposición, que se registra con mayor claridad en régimen democrático, a consecuencia de lo que podríamos definir como libertad preelectoral. Hasta el 5 de abril del año mencionado, 362 (trescientos sesenta y dos) partidos políticos habían solicitado su

reconocimiento ante la Justicia Federal, o sea 221 (doscientos veinte y uno) partidos "tradicionales" y 141 (ciento cuarenta y uno) partidos "nuevos". Como el partido comunista fue uno de los tantos que se beneficiaron con este reconocimiento, será lícito señalar desde ya, antes de que la consulta electoral se oficialice, la desintegración del cuerpo político nacional, su estado de incurable contradicción interna anunciadora del caos absoluto.

Puesto que estábamos hablando de "democracia orgánica", apuntemos que es una de las formas entre mil otras de lo que hemos llamado metástasis revolucionaria. Es, por consiguiente, mera contradicción en los términos.

¿Cómo no lo sería puesto que la democracia es, por esencia, reino de lo inorgánico? Y es una triste mentira por el simple hecho de que la democracia, es decir, lo inorgánico no puede encontrar obstáculo más firme que no sea lo orgánico. En efecto, al poner el acento en lo orgánico, es decir, al organizarse, cualquier sistema político tiene que rechazar la tentación democrática, o dejar de ser democrático. La democracia, que es desunión, crea por vías de consecuencia conflictos permanentes entre los diversos estamentos sociales y entre los individuos pertenecientes a estos estamentos mismos. Su tarea consiste en desarticular las unidades naturales, lanzando a sus miembros unos contra otros, levantando vallas infranqueables entre las colectividades profesionales y regionales, y terminando por desatar a estos individuos, desamparados ya, a estas colectividades desposeídas de proyecto común, al asalto del Estado. Y el Estado es el organismo tras el cual el comunismo los espera a todos. Imposibilidad congénita de definirse, allí está el eslabón perdido y todavía sin encontrar pese a las técnicas más refinadas de la llamada "politología" contemporánea; eslabón cuya ausencia torna imposible cualquier especificación valedera de toda forma imaginable de democracia, por cuanto impide que vuelva a reunirse lo que estaba unido *naturalmente*.

## VI. LA PROMESA NO SE CUMPLE

Tan antifísica como la democracia representativa surgida del proyecto liberal, es la democracia llamada popular, pese a que, ella, es una empresa de reunión total que, por lo demás, únicamente busca y alcanza un objetivo: conquista y conservación del poder por la sumisión de todos en el terror suministrado masivamente desde arriba sin interrupción ni contemplación.

Aquí, en verdad, no hay contradicción en los términos por ser la fórmula "democracia popular" pura y simple tautología. Procedamos por partes.

"Gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo", tal sería la fórmula realmente democrática, en el caso de que pudiese encontrar algún medio para concretarse en el terreno de la política práctica. En efecto, esta vez, no hay contradicción, hay contratiempo. Un contratiempo como el que se interpuso en el camino de un cierto rey de Suecia que había hecho construir el cañón más grande del mundo mas que nunca logró hacer disparar porque siempre le faltó el dinero para comprar las cantidades de pólvora necesarias. Semejante gobierno nunca existió. Cada vez —muy pocas— que hubo un gobierno definido y reconocido como correctamente democrático y empeñado realmente en gobernar para el pueblo, pudo ser "del pueblo" durante un tiempo, pero nunca "por el pueblo". Dejémosnos de referirnos a las democracias griegas que fueron, o bien oligár-

quicas, como la ateniense, o bien, elitistas y aun totalitarias, como la espartana. En cuanto a las Comunas italianas de la Edad Media, fueron tan cerradas, para uso de la burguesía dominante, como las ciudades flamencas o las repúblicas hanseáticas. El pueblo solamente era objeto pasivo de sus determinaciones y acabó rebelándose y optando por el principado o la monarquía que, si bien no fueron gobierno del pueblo, muy a menudo fueron para el pueblo y con el pueblo.

El juego de espejuelos por el que "el pueblo gobierna por intermedio de sus representantes" sigue siendo, a los doscientos noventa años largos de su descubrimiento por los *whigs* y los *tories*, un puro teatro de ilusiones: los representantes, en la medida en que gobiernan o los actos de sus delegados en el gobierno (recordemos que este descubrimiento, para revelarse en toda su eficacia, tuvo que sustentarse durante más de cien años en el sistema de los "burgos podridos"): 1 - no representan más que a una parte del pueblo (teóricamente, la mayoría), pasan simplemente por alto la protesta, o la simple expresión de deseos, de la otra parte (la minoría) y, por consiguiente, únicamente pueden valerse del consenso de un sector, limitado, por mayoritario que sea, de la sociedad política; 2 - toman decisiones frecuentemente dramáticas, como una declaración de guerra o una cesión de parte del territorio nacional, sin consultar previamente, no sólo a los representantes de la oposición, cuyos electores son tan movilizables como los del oficialismo, sino tampoco a sus propios representados; 3 - eliminan de funciones vitales, o reducen a tareas desprovistas de utilidad real, a servidores, civiles y militares, del Estado, no pocas veces muy eficaces en su oficio, a quienes sospechan de espíritu de disidencia y, por lo tanto, de segundas intenciones, eventualmente molestas para sus fines electorales.

Sin embargo, estos "representantes" pretenden erigirse en ilustración de la sentencia emitida, con innegable fervor democrático, pero también con escasísima sensatez, por Abraham Lincoln. Tal fue el caso, por ejemplo, del presidente Carter, llevado a la Casa Blanca por 24 por ciento de los ciudadanos inscriptos en los padrones electorales (49 por ciento de absten-

ciones, lo que configura un panorama desolador de madurez política a los ojos de quien cree en la democracia), que actuó como si lo hubiesen elegido todos los ciudadanos nacidos después de la Declaración de Independencia y todavía por nacer de allí al Juicio Final, y lo hizo con una sobreabundancia de actividades embrolladas lindantes con la hiperkinesia[5]. Más lógico se mostró Salvador Allende cuando, en enero de 1971, proclamó desde los balcones del palacio de la Intendencia de Valparaíso que se consideraba como "presidente únicamente del 34 por ciento de los chilenos", que eran los que habían votado por él. No por esto alimentemos muchas ilusiones acerca de su lealtad pues, evidentemente, esperaba transformarse en presidente de todos los chilenos apenas las circunstancias le permitiesen instaurar en su país una dictadura de tipo soviético, engendro del que nadie ignora desde los tiempos de Jrushchov que es "gobierno de todo el pueblo", KGB mediante.

Me temo que ello sea cierto: la única forma de democracia que pueda jactarse de conformar el "gobierno de todo el pueblo", democracia perfecta, pues, es la soviética o, mejor dicho, la marxista-leninista (no olvidemos, en efecto, que el último *soviet* desapareció de la vida política soviética a los pocos días del fatal 25 de Octubre, para transformarse en una novísima forma de ejercicio del poder que tendremos que resignarnos a definir de totalitaria). En ella la voluntad unánime del conjunto social se resume en la del "legislador" de turno, emanación mágica de la voluntad general descubierta por Juan Jacobo y finalmente fecundada por Lenin, Stalin, Jrushchov, Brézhniev, Andrópov, Mao Zedong, Hua Guofeng, Hu Yaobang, Fidel Castro, Jaruszelski, y otros remanentes de presidio, o de asilo psiquiátrico, con sangrías ininterrumpidas de "enemigos del proletariado". Pero, eso sí, sobre la base de consultas recurrentes del mismo pueblo trabajador, previamente amaestrado a dietas alimenticias molecularmente calculadas. Esta es la verdadera

---

[5] "Un idiota lleno de iniciativa", tal es la definición de Jimmy Carter, debida al sinólogo Simon Leys, en *La forêt en feu;* París, 1983.

democracia, la democracia auténtica, la "democracia popular" que es la democracia total, vale decir, "totalitaria".

Esta vez, no se podría descubrir ninguna contradicción en los términos: para ser democráticamente efectivo, el gobierno tiene que ser "de todo el pueblo", y el único método posible para alcanzar semejante imposible es el marxista-leninista, que es claro y directo. Se empieza eliminando a todo opositor, efectivo o potencial, por tímida y silenciosa que sea la forma de su oposición, matándolo o encerrándolo en un campamento de "reeducación por el trabajo" o, si es de nivel intelectual de excepción, en un hospital psiquiátrico pues el espíritu de oposición es una de las múltiples manifestaciones de la esquizofrenia. Esta fue la figura patológica encontrada *ne varietur* por el profesor-coronel Luntz, de la Universidad Lomonosov, del que se decía antes de su fallecimiento que, como psiquiatra, era un excelente coronel del KGB y que, como coronel del KGB, era un excelente psiquiatra. Así, mientras forman f la esperando turno para una excursión más o menos prolongada al Archipiélago, se consulta a los aún "libres" por el camino de las elecciones para el Soviet Supremo y para el Soviet de las Nacionalidades, con lista única de candidatos establecida por el *Politburó*, y ofrecida al "pueblo trabajador" por las correas de transmisión del Comité Central y de la Secretaría del partido *.

---

* Una sola lista, establecida de antemano —tras simili-debates— en las "instancias" del PC de cada república federada. El día de los comicios —a los que no es "elegante", ni prudente, abstenerse de concurrir—, el ciudadano encuentra en el local electoral *ad hoc*: a) una mesa, digamos, capitular, con los miembros de la comisión escrutadora, gente selecta y, por lo general, de semblante severo; b) una pila de boletas con la lista *ne varietur* de los candidatos; c) un cuarto oscuro.

¿Cuál es, pues, la diferencia con lo que sucede entre nosotros cada vez que nos toca cumplir con nuestro deber ciudadano?

1 — Entre nosotros, el cuarto oscuro es de frecuentación obligatoria, so pena de anulación pura y simple de nuestro voto.

2 — Entre ellos, es más *vitandus* que la peste bubónica.

¿Qué sucede, entonces, con el ciudadano soviético que, de todos modos, pretende internarse en ese lugar maléfico?

En esto, Adolfo Hitler se equivocaba menos aun cuando afirmaba que el suyo era un "régimen genuinamente democrático": llegado al poder por efecto de elecciones realmente libres, celebradas conforme a las normas constitucionales weimarianas rigurosamente respetadas por él, pues si hubo alguna trampa en las urnas, ella se cumplió a expensas de su partido; a continuación, plenos poderes votados por un parlamento todavía elegido libremente; posteriormente, plebiscitos aplastantes cada vez que el régimen necesitaba, o estimaba conveniente mostrar al mundo que, de modo innegable, era emanación auténtica de la voluntad general. ¿Qué hubieran podido retrucarle los campeones de los sistemas políticos imperantes en París, en Londres, en Washington que, por ser demoliberales y pluralistas, sólo podían valerse de un consenso limitado del cuerpo electoral, cuando él les mostraba que su gobierno era realmente emanación de la voluntad general puesto que el 98 ó 99 por ciento de los alemanes le delegaba con entusiasmo su facultad de representación? Máxime a partir del momento en que —prueba de fuego inicial—, para el retorno del territorio del Saar al Reich, el plebiscito controlado por la Sociedad de las Naciones y por un cuerpo militar internacional de observación, le había dado, sin la menor posibilidad de fraude, el 93 por ciento de los sufragios registrados. ¿Qué contestación, fuera de la carcajada —actitud escasamente democrática— podrían dar a los "humanistas" del Kremlín cuando, como sucedió en las elecciones

---

Como se vuelve *ipso facto* "culpable" de espíritu de disidencia, no puede ignorar qué es lo que le espera a la salida. unos cuantos alegres y vigorosos muchachos del KGB y de la milicia urbana y, por ende, una sesión de turismo involuntario pero generalmente prolongada en las estepas del Asia central (o septentrional).

Agregada al hecho de que la concurrencia electoral es obligatoria, ésta es la razón por la que los candidatos, tan inteligentemente filtrados, obtienen el 100 % de los votos emitidos, con algunas excepciones en verdad muy poco frecuentes (ver nota 7). Esto es lo que el profesor Maurice Duverger —que, ahora, imparte su mensaje tanto en el Palacio del Elíseo como en el Colegio de Francia— define como "consensus general del pueblo soviético". *Chi si contenta gode,* dicen los italianos.

para el Soviet Supremo de 1947, los votantes del primer colegio de Moscú dieron el 110 por ciento (ciento diez) de sus "delegaciones de poder" al ciudadano Dzhugashvili? [7]. Este 110 por ciento ¿no fue acaso la expresión más pura de la voluntad general por la que, Don Carlos Marx mediante, la cantidad se transforma en calidad, por la que cualquier inclinación a la disidencia se inclina en el aplauso masticado, manifestación suprema del Absoluto hegeliano? Pues, sí, la única democracia posible es la democracia popular. Y también me lo temo, la única futura...

Cuidadosamente lucubrada en el cauce, sea de las urnas de doble fondo —el así llamado "fraude patriótico"—, sea a través de la corrupción plutocrática, y siempre en la filigrana de las promesas menos realizables de las que todos, electores y elegidos, saben de antemano que no serán mantenidas; o bien llevada paulatinamente a su cumplimiento más completo por el tiro en la nuca y el horno crematorio, la democracia es el triunfo de la envidia, no del pobre frente al rico pues aquél sabe que, allí donde no hay más ricos, los pobres caen en la miseria total; sino, sin tantas distinciones de clases, del fracasado por su vecino con suerte. Es el imperio del resentimiento y del odio universal, mal que le pese al Sr. Giscard d'Estaing con sus glosas sobre "*La démocratie française*". Sus portadores empiezan por provocar la rivalidad de los intereses privados, continúan causando la separación, el enfrentamiento de los grupos sociales envenenados por el virus filtrable de la "cuestión social",

---

[7] Hecho excepcional y, en verdad, nunca visto, ni imaginado siquiera por un delirante como Rousseau que, sin embargo, las había imaginado todas. Ante la extrañeza manifestada por los representantes de la prensa extranjera en Moscú, incluido el propio corresponsal de *L'Humanité*, órgano oficial de la sección francesa del PC de la URSS, el "responsable" de prensa del *Aguitprop* se limitó a preguntar: ¿Cómo coartar el entusiasmo de electores que sienten tanto amor por el Jefe Genial que vinieron a suplicarnos de que se los dejara votar una vez más? En efecto, *l'amour, madame, l'amour*. Pero ¿hasta estos extremos? Conteste quien pueda, y también a esta otra pregunta: ¿qué habrá sido de quienes no pidieron votar dos veces?

abierta y mantenida sin cerrar mediante una espiral cuidadosamente aceitada de agravios, manipulada por los hombres de revolución. Para entenderlo mejor, no resultará inútil estudiar con atención lo que está sucediendo en Francia desde el 10 de mayo de 1981 bajo la batuta del trío Mitterrand-Fiterman-Krasucki. Y luego, siempre, el negocio culmina con la guerrilla y su secuela de asesinatos selectivos, de secuestros rentables, de toda clase de crímenes, aparentemente indiscriminados pero preparados y ejecutados, todos, en los marcos de una planificación general de la que hemos visto que no conoce fronteras: reinado de la perversidad por la que el alumno, cuando no ejecuta, al maestro exigente, el "muchacho de buena familia educado en los mejores colegios" mata por la espalda al conscripto, al policía uniformado más desamparado que un siervo de la gleba, al viejo coronel retirado que sale incautamente a pasear a sus nietos; triunfo de la "Santa Igualdad", cuyo resultado más visible es que el imbécil que no podría rendir siquiera las pruebas de admisión en el Cottolengo, si las hubiere, se ríe a mandíbula batiente ante lo que oye llamar "cultura"; y que encuentra su coronación en aquello que, en Moscú, se llama "Gobierno de todo el pueblo". o sea, una cuarta parte en el cementerio mientras el resto (no se habla de la *Nomenklatura,* claro) espera su orden de pasaje para el Archipiélago. La democracia es un modo concatenado de ejercicio del poder que tiene su conclusión lógica, casi diría, natural, en el temor de todos suministrado por la tiranía vesánica de una pandilla de criminales que nos esperan *a todos,* estilete entre los dientes, pistola en una mano, jeringa inyectable en la otra. Que tal es la etapa final de toda democracia liberal, social, cristiana u orgánica. Quienes no la han visto de cerca, que esperen para ver.

Nadie se salva, ni el camaleón más astuto, ni el más eficaz de los guerrilleros dado que, una vez completado el expediente, los que sobreviven transitoriamente se mueven como presas indiscriminadas del terror estatal milimetrado, pues su pan de cada día es el peligro siempre pendiente, o bien de perder su lóbrego empleo con el triste alimento de sus hijos, o bien de que se los coja, así sin explicación, cuando llega su misterioso

turno de ir a moler piedras con los dientes en los descampados de Magadán —o ¿por qué no, si no despertamos a tiempo?— de la misma Patagonia. Pues ningún "demócrata de ley", ni el elegante liberal, ni el quejumbroso progresista, ni el clérigo enajenado por los signos del tiempo, ni el calculador orgánico, ni el piadoso promotor de la "revolución en libertad", detenta recursos propios suficientes para sacarlo sano y salvo de este círculo infernal. Ni siquiera el guerrillero anarco-trotsko-castro-maoísta, con todas sus referencias revolucionarias, que es el primero en dar con sus huesos en el matadero cuando, una vez conquistado el poder, su presencia se torna intolerable. Como les sucedió a los marinos de Kronstadt, "héroes impolutos", "honor y gloria" de la Revolución de Octubre que, a los cuatro años, terminaron, acribillados a balazos, en los boquetes abiertos en el hielo del Neva por los cañones de Lenin, de Trotski y de Tujachevski. Pues así, y nunca de otro modo, se edifica, peldaño tras peldaño, el "Gobierno de todo el pueblo", punto de caída fatal del ideal democrático. En efecto, toda democracia, al término de su devenir progresivo y, naturalmente, científico y racional, es engranaje de la máquina trituradora de cuerpos y de almas. Esta vez también, procedamos por partes.

## VII. LA PLUTOCRACIA COMPROMETIDA

La democracia liberal reserva sus favores a sus clientes y libertos que, con las migajas del *gadget* renovable, se declaran satisfechos; la plutocracia colma de beneficios vistosos —con la facultad de cortárselos a la primera señal de independencia— a sus sirvientes y agentes incondicionales, gente que, por lo general, nunca vacila, siquiera ante la traición a la patria que, obviamente llaman de otro modo —"realismo político", "visión pragmática de la historia"—, cada vez que ello resulta provechoso para sus amos [8]; la orgánica se limita a seducir a los inocentes que, aunque no sientan, *in latebris conscientiae*, inclinación por fórmula democrática alguna se cobijan bajo ese paraguas agujereado con la ilusión de que, con tan astuto gam-

---

[8] Los ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito de la Revolución francesa en adelante, esto es, desde el ginebrino Necker y los girondinos financiados por la alta banca calvinista, hasta los socios del Club Bildelberg y de la Trilateral, pasando por los prohombres "visibles" de la Revolución de Febrero, sirvientes pasivos de la gran banca francesa, inglesa y americana (protestante y judía), y de la misma pandilla leniniana copiosamente rociada por el grupo Warburg-Schiff-Loeb (¿norteamericano?) y el Sindicato (¿alemán?) Westfalo-renano de Walter Rathenau...

bito, salvarán los últimos jirones de la civilización que los ha visto nacer, y siguen proclamándose, con voz cada vez más aflautada, "occidentales" y, por supuesto, "cristianos". La diferencia que corre entre aquéllos y éstos es que, mientras los primeros combaten con el coraje de Leónidas en las Termópilas a un fantasma inasible, el fascismo —pues, entre otras evidencias, el fascismo se encarna en un hombre carismático y ¿dónde está semejante estrella en esta era de mediocridad política universal?— y a un antagonismo en trance de defunción, la derecha clásica; los segundos condenan con hipocresía pasmosa —parecería que acaban de leer a Maquiavelo— cualquier tipo de extremismo: el de derecha preferentemente, pero ¿dónde colocan al turco él también de derecha Alí Agça que casi logró matar al papa, tras haber recibido entrenamiento, armas y dinero de la sección búlgara del KGB? Cierto es que también condenan, si bien con menor empeño, a la extrema izquierda que crece ininterrumpidamente desde el 14 de julio de 1789 y engorda, perfectamente incólume, bien alimentada, insolente y segura de sí misma y de su victoria final. Crecimiento ininterrumpido, como muestra un conocimiento correcto de la historia contemporánea, y frenado o retardado solamente cuando, arrastrado por los desastres de la patria, el soldado se resigna a salir de sus cuarteles con el designio de poner orden en la casa, con tal de que no sea demasiado tarde. Y, hasta la fecha, salvo en Turquía por tres veces —con Kemal Atatürk, primero, con el general Gürsel, luego, con el general Kenan Evren, ahora—, en todos los casos que nos conciernen, siempre ha sido demasiado tarde. Colocado ante la necesidad de emprender una obra larga y penosa de saneamiento y de restauración, el soldado, desarmado ante la intriga política (en ciertos casos límites, dispuesto a aprovecharla) acaba dejándose persuadir de pasar la mano a los profesionales del *establishment*, a condición de que, esta vez, pero por supuesto, etc., etc.... Este es el eterno columpio de las esperanzas y de las frustraciones que, paulatinamente, han ido pulverizando nuestras libertades: los políticos hablan de democracia sin salir de la nebulosa conceptual y verbal que ella entraña; el soldado se deja arrastrar por sus consejeros a rehabilitarla

con tal de que sea "orgánica". Y la fiesta vuelve a empezar... Y no puede ser de otro modo ya que ninguna de estas aproximaciones a la democracia puede fundarse en principios inconmovibles, por la sencilla razón de que la democracia no tiene principios, ni puede tenerlos por cuanto su naturaleza misma o, mejor aún, su fluidez esencial la lleva necesariamente a ponerlos todos en discusión y en tela de juicio.

Vilfredo Pareto establece una distinción categórica entre aquellos a quienes llama "hombres de compromiso" a los que contrapone los "hombres de fidelidad". Los primeros se encuentran mayormente en el mundo político, siempre dispuestos a regatear sobre todo, aun lo fundamental. Su héroe epónimo, para elegir, digamos uno de los más notorios, sería el recientemente fenecido Pierre Mendès-France que, en Francia, dio el envión a la "capitulación imperial". Hay otros, por supuesto, singularmente en toda democracia habida y, me lo temo, por haber, y provienen de todos los horizontes sociales e ideológicos. En su modo tortuoso de tratar el asunto argelino desde su retorno al poder hasta la capitulación de Evian, De Gaulle pertenece ciertamente a esta especie de animal político. Sus asesores en este trágico asunto fueron un Louis Joxe y un André Malraux, lo que es natural, puesto que provenían de la izquierda, pero también gente "fundacionalmente" alejada de toda atracción izquierdista, como el príncipe de Broglie descendiente de un glorioso linaje de mariscales de Francia y de hombres de Estado.

El hombre de fidelidad, por el contrario, asume la defensa de ciertos principios que considera esenciales para la salvaguardia de su honor y conformes al dictamen de su conciencia, y siempre estará dispuesto a jugarse la vida por ellos. No hay mucho que decir acerca de este tipo de personas que, por lo general, le tienen horror a la política, quizá se abstengan en las recurrentes kermesses electorales, pero van sin regatear a las guerras que su país sostiene, y mueren sin maldecir su suerte. Pertenecen, algunos de ellos, a la aristocracia de nacimiento, todos, a la del espíritu. Y son cada vez más difíciles de encontrar porque, a los que no han muerto en combate, los atletas

del compromiso, sean bienpensantes o progresistas, siempre tienen los medios para silenciarlos, o para eliminarlos. De los que sobreviven, no hay mucho que decir, pues su fidelidad perdura en el silencio. Que los imbéciles llaman "culto de la nostalgia"... ¿Nombres? ¿Para qué? Búsquenlos en los diarios de los cincuenta últimos años.

Con toda evidencia, en la agenda de las democracias, el hombre de compromiso es aquel que ocupa el mayor espacio y los lugares más atrayentes. Por su función, el soldado es hombre de fidelidad, aun cuando, en sus filas, siempre surgen elementos constantemente dispuestos al compromiso. Como es visible en nuestro país donde amplios sectores de las fuerzas armadas se han hecho promotores de un retorno a la democracia que, en las circunstancias en que ha de producirse, se ofrece como una manera estridente de castigo del soldado por obra de profesionales de la política que solamente han olvidado, o pasan cuidadosamente por alto, el hecho de que su incompetencia y su corrupción, cuando no su complicidad con la subversión, fueron las causas verdaderas de su arrinconamiento, de su reducción, temporaria, por desgracia, al silencio.

Ahora bien, a partir del momento en que desapareció la única forma legítima de poder —la monarquía hereditaria tradicional y jerárquica—, no existe otro modo, no diría ya de salvación, sino de postergación del desastre, fuera de la intervención del soldado. Recurso casi siempre desesperado y que aparece demasiado a menudo en sus efectos mediatos como un parche en una pierna de palo, cuando no cual "precipitado" infeccioso, o sea, factor de aceleración del proceso de descomposición. En vísperas de la primera guerra mundial cuando, a la vista del conflicto inminente, los parlamentarios franceses, partidarios del desarme y del retroceso diplomático, se estaban volviendo belicistas —prefiguración de lo que habría de suceder en vísperas del segundo—, el socialista Marcel Sembat les gritó: "*¡Faites la paix, sinon faites un roi...!*". Este es el nudo del problema: no puede haber guerra sin el poder federador que es a la vez el único capaz de asegurar la paz, paz social incluída. Pero ¿qué rey?

Allí donde hemos llegado, es decir, en un mundo en el que los "reyes" que aparecen en la pantalla de tanto en tanto o, una vez por semana, en la primera plana de las revistas, no son otra cosa que peleles sometidos a los juegos de la partidocracia, manejada ella misma por los grandes intereses financieros siempre dispuestos a desatar el incendio de la "cuestión social" a la señal de la menor resistencia ante el paso de sus designios; el único poder pensable como eventualmente federador y, por ende, como "legitimable" (la legitimidad surge de los servicios prestados a la comunidad a través de la duración y, por consiguiente, su esencia es genuinamente dinástica —duración y continuidad—, razón por la cual, aquí, más convendría hablar de "legalidad") es, como recurso *faute de mieux*, el poder militar. Con todos los errores que ha cometido, y sigue cometiendo, por culpa de su miopía "profesionalista" —el "profesionalismo" es el invento genial del liberalismo a comienzos del siglo XIX para lograr arrinconar al soldado en sus cuarteles y sus "tareas específicas"—, pero también por haberse dejado arrastrar algunos de sus elementos dirigentes por la prédica de los políticos que va aparejada con los intereses del *establishment* que los corrompe; la presencia de las fuerzas armadas en la vida política de la sociedad nacional es indispensable y, por lo demás, inevitable. Si no ¿a santo de qué —estamos hablando en términos latinoamericanos— es la misma sociedad civil la que clama por la intervención del soldado ante la evidencia, tras "X" tiempo de gobierno supuestamente democrático, que los profesionales de la política son, experiencia tras experiencia de retorno, algo más corrompido aún que todos sus predecesores juntos? Y el soldado vuelve a fracasar porque su formación cívica, tal como se la da la sociedad contemporánea ha sido envenenada por las toxinas que, por la vertiente del demoliberalismo, han llevado a la desunión, al escepticismo que coloca en una nebulosa cada vez más espesa los valores tradicionales por los que la patria nació, sin los que la patria muere para caer en el infierno totalitario.

El soldado, pues, tiene que re-pensar —sin temor a que lo acusen de "fascista"— la esencia de su misión y la naturaleza

de su función en la nación y en el Estado. Tiene que admitir que si quiere realmente reconstruir y restaurar la sociedad nacional que le toca proteger contra el enemigo de adentro que abre las puertas al de afuera, su presencia tiene que ser duradera y "comunicativa". Tendrá que darse cuenta algún día, y cuanto antes mejor, de que autoridad no significa totalitarismo, sino jerarquía de arriba hacia abajo, obediencia de abajo hacia arriba, *servicio de todos para todos,* vale decir, ordenado al bien común: orden sí pero, idénticamente, justicia y comunicación, o sea, concordia. Estos eran valores normales, ni siquiera discutidos seriamente en los tiempos dinásticos, porque el rey era el común federador a cuyos ojos el humilde tenía tanto precio como el encumbrado, cada uno en su lugar en un canal de promoción siempre abierta, por mérito, desde abajo hacia arriba. ¿Desapareció el federador natural? En efecto, y desgraciadamente por añadidura. Pero para que la nación siga viviendo y vuelva a prosperar, el federador es indispensable porque es el único elemento permanente de unión. Tarea tremenda tras tantos siglos de desintegración. Tarea esencialmente de reforma y de reconstrucción moral que no podría cumplirse sin un muy amplio proyecto político que exige duración, podríamos decir que ilimitada, y firmeza sin retroceso.

## VIII. LA PROGRESIÓN DEL MAL

Sin casi notarlo siquiera, muchos han hecho suyo el razonamiento insensato de Lorenzo Valla, padre de todo humanismo (aquí no se habla del "humanismo" marxista-leninista al que, sin embargo, el suyo prepara cuidadosamente el terreno) y héroe epónimo de todo *intelliguéntsiia* abierta a los signos de los tiempos, además de alto funcionario vaticano, lo que suena a premonitorio: "En modo alguno tengo la obligación de morir por un ciudadano, ni por dos, ni por tres, y así hasta el infinito. ¿Cómo podría verme obligado a morir por la patria, que es la suma de todos ellos? ¿Cambia la calidad del deber el hecho de añadirle uno más?" Si ésta no es la señal precursora del mensaje "humano" transportado por el "ideal democrático", pido que se me ofrezca una fórmula más conforme a su esencia fluida al mismo tiempo que invariable. De esta señal lanzada hace cinco siglos brota todo lo intrínsecamente perverso de la edad moderna. Y lamento tener que recalcarlo una vez más: *todo lo intrínsecamente perverso que nos está aherrojando y ahogando es obra de los intelectuales, esto es, de los "humanistas" día a día más "integrales", sin los que no habría desunión, ruptura de los vínculos tradicionales ni, por consiguiente, re-unión en las brasas del infierno totalitario.*

Porque, desde aquel lejano Cinquecento todo nos ha conducido a la democracia y al totalitarismo, siendo la del intelec-

tual función de desmembramiento y de paralización del poder, de fraccionamiento de la sociedad. Por algo ellos se consideran a sí mismos como el "partido del movimiento" aun cuando, aparentemente, sus movimiento sean inconexos y ejecutados fuera de toda lógica. Bien lo había visto, en pleno Renacimiento ya, Cino Rinuccini cuando acotaba con espíritu desolado: "Los humanistas no saben nada de la economía doméstica, viven alocadamente sin cuidarse de lo que es honor paternal o beneficio de los hijos. Desconocen cuál puede ser el gobierno mejor, si el de uno o el de varios, o si el de muchos o el de pocos. Evitan la fatiga, alegando que quien sirve la comunidad a nada sirve, ni defienden la República con la toga, ni la defienden con las armas. En resumen, olvidan que el bien, cuanto más común tanto más tiene de divino"[9]. A la medida misma de Julio (Jules) Cortázar, de García Márquez, de Wladimir Jankéléwitch, *quorumdamque ejusdem farinae.*

Vuelvo, pues, a preguntar: ¿no es ésta, en la aritmética política del empleado infiel de la Santa Romana Iglesia, Lorenzo Valla, y en la afligida conclusión del proboviro Cino Rinuccini, la vía más directa que, a partir del antropocentrismo renacentista, nos ha llevado a la mutilación totalitaria, en una pendiente, generación tras generación más acelerada? En este descenso precipitado, el instrumento de nuestra caída ha sido la "idea democrática", menjunje que se nos ha hecho ingerir gota a gota hasta hacer de él el alimento nuestro de cada día, sujeto a todas las recetas de la moda en perpetua mutación, mas siempre idéntico a sí mismo en su proyecto y su acción.

Para ilustrar con mayor claridad el alcance de la caída a la que se nos ha llevado de algunos siglos a esta parte, reproduzco a continuación un doble texto que nos mostrará cómo la sociedad humana ha ido involucionando hasta tocar estiajes irreversibles de abandono ante el poder mutilado de su substan-

---

[9] Las citas de Lorenzo Valla y de Cino Rinuccini figuran en la obra de Gabriel Maugain: *Moeurs italiennes de la Renaissance. La Vengeance*; París, 1935.

cia natural. Se trata de una carta y de la respuesta que recibió de inmediato. La carta es de Francisco Miron, Preboste de los Mercaderes, o sea, intendente o alcalde, de la ciudad de París, amenazada entonces por el piquete de demolición de los portadores del "urbanismo" en búsqueda de mutación. La respuesta es del rey Enrique IV.

1 - *Carta de François Miron*

*Querido Señor*

*Permitidme que me retire. Al jurar fidelidad al rey, he prometido sostener a la monarquía.*

*Ahora bien, Vuestra Majestad me manda que yo cumpla un acto pernicioso para la monarquía. Me niego. Lo repito para despabilar al Señor y Soberano bienamado.*

*Es una idea infeliz la de edificar barrios para uso exclusivo de los artesanos y de los obreros.*

*En la capital donde el soberano reside, no se debe permitir que los pequeños estén por un lado y los gruesos y gordos por otro. Es mejor y más seguro que todo esté mezclado. Nuestros barrios pobres serán ciudades que bloquearán nuestros barrios ricos. Pues bien, como el Louvre es la parte más hermosa, podría suceder que las balas viniesen a rebotar sobre vuestra corona.*

*No quiero, Señor, ser cómplice de esta medida.*

François Miron

2 - *Respuesta de Enrique IV*

*Compadre:*

*Sois arrebatado como un abejorro pero a fin de cuentas súbdito valiente y leal.*

*Sed feliz, se hará según vuestra voluntad y el rey de Francia acudirá durante largo tiempo a vuestra escuela de sabio y proboviro.*

*Os espero a comer y os abrazo,*

Enrique [10]

Las ciudades contemporáneas, con sus barrios ricos y sus barrios pobres, rodeadas por un cinturón de villas miserias y de "bloques habitacionales" sin luz ni aire, así como se las ha pergeñado "urbanísticamente" en los marcos de la sociedad de consumo asentada en las normas clasistas y economicistas del Estado de derecho liberal burgués; así como se las ha planeado con sus míseras viviendas para el proletariado esclavizado y sus "ciudadelas fortificadas" para goce exclusivo de los miembros de la Nueva Clase de la sociedad de necesidad que extiende su miseria infinita allá en el Este; nuestra sociedad contemporánea, digo, no es otra cosa que una involución cavernaria que, aquí como del otro lado de la Cortina, si bien según registros distintos, nos ha retrotraído centenares de años atrás. Esta doble involución nos conduce a una misma masificación universal. Es consecuencia del individualismo feroz del Renacimiento, cuyo punto de llegada, a través de la metástasis demoliberal, sólo puede ser el sanguinario colectivismo comunista. Esto es lo que un escritor rumano disidente llama "degradación programática del ideal democrático" [11]. ¿Qué diferencia, si no de tiempo y de tempos, puede anidar entre el anarquismo de un Lorenzo Valla, ateo confeso y repleto de odio a sus semejantes, y el despotismo sin freno de un Fidel Castro —digamos para redon-

---

[10] Cartas publicadas por la revista "Itinéraires", de París, en su entrega de marzo de 1977, que les agrega el comentario siguiente: "...Nos parece que esta breve correspondencia, por su densidad, vale todo un editorial, y aun dos. El primero sobre el "urbanismo" bien entendido. El segundo, siempre tan actual, sobre obediencia incondicional y sobre aptitud para el gobierno temporal y espiritual". ¿Imaginan semejante intercambio entre Jacques Chirac y François Mitterrand, o aun, si bien por otros motivos, entre el Dr. Del Chioppo y el general Bignone?

[11] El escritor se llama Paul Goma. Quien lo cita es Ventila Horia, en "El Mercurio", de Santiago de Chile, 8 de junio de 1977.

dear— que, como todo cap toste del partido de la Revolución, al descubrir en el Estado y en sus propios conciudadanos obstáculos infranqueables ante su aversión por todo vínculo, los gira y los conquista para aplastarlos mejor? La democracia popular es un anarquismo perfeccionado para uso exclusivo de sus seguidores, miembros de número o "candidatos" a las exquisiteces de la *Nomenklatura*. No es el poder absoluto el que "corrompe absolutamente", como sentenciaba el amable lord Acton, sino el poder sin freno caído en manos de criminales y de dementes. El noble lord, católico, por lo demás, aunque levemente heterodoxo, no se refería de seguro al poder absoluto de los Stuart, que no era corrompido ni corruptor, pero sí al de Enrique VIII y al de su digna hija Elizabeth. El poder de los Stuart era, por lo demás, celosamente ordenado al bien común y muy querido por el pueblo —si no ¿a santo de qué tanta y tan prolongada fidelidad?—, razón por la cual lo eliminaron de mala manera, primero, el virtuoso presbiteriano Oliver Cromwell, luego y definitivamente, el heterodoxo (en otra dirección) Guillermo de Orange, del que se decía que era "tan amable como la cerradura de la Torre de Londres". Lord Acton murió en 1902. ¿Qué diría ahora del poder absoluto, tal como se lo concibe y pone en práctica en Moscú y Peiping, La Habana, Luanda y Managua, Addis Abeba y otras capitales del paraíso en cuestión? Problablemente, me lo temo, giraría el planteo —especialidad de los clericales presa del virus modernista, o sea progresista— hablándonos con suavidad del "fascismo" chileno, argentino, y levantando dolorosamente los ojos al cielo. Mientras tanto Andrópov y sus consocios seguirían ejecutando su *pas-de-deux* —dos pasos adelante, un paso atrás—, como, efectivamente, han sabido valerse de los Sres. Willy Brandt y Jimmy Carter, Helmut Schmidt y Giscard d'Estaing cuando éste peregrinaba con rostro compungido a través de la Plaza Roja para depositar su vistosa corona de rosas rojas en la urna de cristal en la que "descansa" el maniquí de Vladímir Iliich Ul'ánov (*a.*) Lenin para seguir asegurando su propia desinhibición ante cualquier tipo de atadura moral, para aplastar mejor a sus alegres administrados.

## IX. LA CONFUSIÓN COMO ESTRATEGIA

Sumando y restando una vez más, se trata de lo siguiente y nada más que de esto: salvación de la Ciudad, derechos humanos incluídos y, en primer lugar por añadidura, esos derechos que el pretendido "ideal democrático" en todos sus matices, aun los imaginables *in abstracto,* es incapaz de asegurar y usa sólo para distorsionarlos con fines de propaganda.

Porque, hablando en claro conforme a las normas de la más escueta semántica ¿qué medida común puede existir entre una invitación a comer del Rey y Señor *—monarca absoluto—* a un súbdito plebeyo (como dicen ahora los tilingos de los medios) para resolver conjuntamente, y a calzón quitado, los problemas planteados, no por las "urgencias habitacionales" de los ricos y de los pobres que viven en comunidad, sino por los afanes urbanísticos de algunos arquitectos y promotores inmobiliarios movidos por afanes de mutación y de ganancias rápidas; o los que el presidente Giscard organizaba en el Elíseo, con difusión televisiva, invitando a almorzar a pequeños grupos de escritores —como Sartre, Clavel, etc., con tal de que fueran de izquierda—, de científicos, de basureros, de plomeros cloaquistas, con el fin de agregar algunos rasgos de mecenas populista a su personalidad de pretendiente a monarca sin corona, necesarios para su reconducción presidencial (el pobre vio los resultados con las elecciones del 10 de mayo de 1981)? ¿Qué medida común

entre una deportación a Siberia en los tiempos zaristas, con sueldo suficiente para vivir libremente, libertad de circular en un radio determinado, facultad de comerciar (Stalin traficaba en pieles preciosas), de ejercer su profesión (Lenin practicó la abogacía durante sus tres años), con evasión, casi diría, facilitada por el Estado; y una excursión, por lo general muy prolongada, al Archipiélago del *Gulag*, en condiciones de miseria y, casi siempre, de muerte asegurada, conocidas suficientemente ahora para que sea necesario describirlas aquí? En un registro menos trágico ¿qué comparación posible entre la condición de siervo de la gleba transformado en pequeño propietario *libre* con derecho a tierra propia, por el emperador Alejandro II (1861), y la del esclavo negro de Estados Unidos *liberado* por Abraham Lincoln (1863) sin derecho a bien terrenal alguno? Para el primero, se rompieron los últimos lazos que lo supeditaban al señor "feudal" (mas recordemos que, en aquella Rusia obsoleta y cruel, los siervos eran menos de 40 por ciento de la clase campesina, mientras en la "democracia en América" tan cuidadosamente estudiada por Tocqueville, todos los negros eran esclavos); mientras el primero pasaba del feudalismo terrateniente que, en la mayoría de los casos, era un vínculo de protección, al régimen común a todos los súbditos del imperio; el segundo se transformaba, de esclavo campesino en esclavo industrial: la industrialización pujante del Este americano tenía que proceder, a gastos "rigurosamente" calculados, a su "acumulación primitiva de capital", empresa denunciada por Karl Marx con palabras de fuego y puesta en obra con métodos limpiamente "científicos", es decir, incontrovertibles, por los camaradas Lenin y Stalin. En Estados Unidos, la revolución industrial había empezado bastante antes de la Guerra de Secesión, sin referencia alguna a la cuestión social, contrariamente a lo que estaba sucediendo en Prusia y en el imperio austro-húngaro; en la despótica Rusia de los Románov, fue lanzada a partir de 1891, o sea, a los treinta años de la liberación de los siervos, y sorteando los precipicios de la catástrofe social ahondados por las experimentaciones anteriores de Inglaterra, Francia, Estados Unidos, con la vista cuidadosamente puesta en el reformismo

bismarckiano; en los Estados Unidos, la "carne de cañón" industrial se cifró en grandes cantidades de negros liberados de sus ataduras feudales, ya antes del *rush* inmigratorio de los años 80-90, es decir, cumplida ya la "acumulación primitiva de capital" con cadáveres amontonados sin conmiseración; en Rusia, con medidas lentamente estudiadas para impedir obligar a los campesinos a ir a buscar sus medios de vida en los nuevos centros fabriles, se procedió a una industrialización dosificada, lenta, prudente y libre del país, formando esta acumulación primitiva por la vía de inversiones de capitales extranjeros, sobre bases calibradas de firme seguridad social. Existe, por consiguiente, una diferencia considerable, me permito creerlo y sostenerlo fundándome en datos incontrovertibles, entre ambos tipos de acumulación y de aprehensión de la cuestión social [12]. Acepto, ahora mismo, toda controversia al respecto aun, sí aun con los impolutos portadores del "humanismo" marxista-leninista y sus

---

[12] "En 1908, la deuda pública estaba en el índice 288 por habitante en Francia; en 53,7 solamente, en Rusia. En 1914, el 83% de esta deuda se había reembolsado gracias a (los beneficios de) los ferrocarriles del Estado. En 1912, la tasación alcanzaba el índice de 3,11 en Rusia, contra 12,35 en Francia y 26,75 en Gran Bretaña. Las reservas de oro en Rusia amontaban en 1913 a 1.550 millones de rublos, mientras que solamente 1.494 millones de rublos papel habían sido emitidos. En la misma época, el franco francés no estaba cubierto más que en un 50%. Además, el crecimiento de la economía rusa era tal que un economista francés decía en 1914: "Hacia mitad del siglo, Rusia dominará a Europa, política, ecanómica y financieramente". La producción industrial por habitante aumentaba en 3,5% por año, contra 2,75% en los Estados Unidos, y solamente 1% en Gran Bretaña... Agregad que, en 1912, el presidente de los Estados Unidos Taft notaba que la legislación social del Imperio ruso estaba "más cerca de la perfección" que cualquier otra legislación de cualquier país democrático. Si se hacía la prueba de que un país dotado de una forma no democrática de gobierno, una teocracia, supongo, era capaz de resolver problemas ante los que los Usureros (los dueños de la gran banca internacional, A.F.) estaban fracasando, el control que ejercían sobre la economía estaba condenado...". Vladimir Volokff: *Le Montage;* París, 1982.

*sputnikí* conscientes o involuntarios, del clan progresista y de la hueste liberal.

Que los campesinos rusos —dejémonos de llamarlos "soviéticos", pues tales son únicamente los miembros de la *Nomenklatura* y del PC de URSS— hayan caído en un estado, no ya de servidumbre, sino de esclavitud social pura y simple y, con ellos, los trabajadores industriales, ello no pertenece a Nicolás II, cuya política social de inspiración cristiana se empeñó en completar y perfeccionar la obra de liberación cumplida por su abuelo, al multiplicar por diez el número de los pequeños y medianos propietarios rurales; sino a Lenin y a su sucesor que, con la política de "nacionalización" y, luego de "colectivización" de la tierra rusa por la humanitaria decisión de proceder a la "liquidación de los *kulakí* como clase", crearon un tipo nunca visto de esclavitud ya que, con éste, campesinos, obreros, artesanos, empleados, profesionales también —todos enemigos virtuales del proletariado al tiempo que, entiéndalo quien pueda, miembros de número del "gobierno de todo el pueblo"— están manejados a chicotazos, día y noche, noche y día, en los altares de la producción colectiva, por lo que, caso singular, la cantidad nunca logra transformarse en calidad. Pues corre un trecho largo, tan largo que nunca alcanza su punto de llegada, entre utopía doctrinalmente promulgada y práctica fácticamente concretada. Utopía vuelta a formalizar en los textos legales del derecho proletario chino con su estrafalaria creación de las comunas del pueblo campesinas y obreras, por las que Mao creía, o pretendía, dar eficacia monolítica a la obra incumplida por defecto de unidad a los *koljozi, sovjozi* y otros *agrogorodi* debidos a la imaginación de sus maestros Lenin y Stalin; pues la democracia popular china, aun en su etapa de desmaoización bajo el garrote del siniestro Hua Guofeng, no es más que la reproducción servil, con un desfase de cincuenta años —en condiciones más inhumanas aún— de la democracia popular soviética. ¡Sí, que se nos venga a hablar del insanable conflicto Peiping-Moscú! Ni en la formulación de la utopía, ni en las realizaciones concretas, ese conflicto existe fuera del plano de los "tempos" de ejecución, atrasados los unos, los chinos, con respecto a los otros por

los evidentes desniveles socioeconómicos existentes entre ambas empresas de subversión universal.

Asimismo, que el negro americano liberado de su esclavitud por Abraham Lincoln y reducido a papilla industrial por los "barones ladrones" del Este y del Norte espere aún alcanzar la condición plena de ciudadano US, no es obra de los remanentes de la Confederación ni de los nietos del general Lee agazapados en los sótanos del fascistoide Pentágono, sino simplemente de los dueños del *establishment* demo-plutocrático, vale decir, tanto de los hijos y nietos de los susodichos "barones ladrones" y de los actuales dueños de la Trilateral, cuya estrella fugaz pero tremendamente dañina en el plano internacional y nacional fue el presidente Jimmy Carter, manejado por los miembros activos del clan Rockefeller. El cual presidente Carter "podía" elevar al cargo de embajador en las Naciones Unidas a un negro perturbado como Andrew Young y a otro supermelánico efervescente llamado Terence Todman a la función de Secretario de Estado adjunto para asuntos latinoamericanos, simplemente para humillar en nuestro continente a quienes se empeñaban en "violar los derechos humanos", mas no caía en la cuenta de que estaba cometiendo un doble error: 1 - que actuaba como superracista al confiar a "hombres de color evolucionados" (dotados, por consiguiente, de resentimiento más virulentos aún contra los blancos) tareas nauseantes, cuyos efectos acabarían necesariamente haciéndose sentir agudamente en la existencia de la inmensa mayoría de negros subdesarrollados que viven en los Estados Unidos; 2 - que, al sentirse humillados por semejantes nombramientos, lo que es difícil comprobar pero que, de todos modos, ha de tenerse en cuenta como posibilidad, los blancos, los díscolos blancos latinoamericanos, se las arreglarán tarde o temprano para hacérselo pagar con creces a sus semejantes blancos del Norte. Ya que, a pesar de su desamparo económico —que nada tiene que ver con la mitología tercermundista tan "astutamente" cultivada entre nosotros por algunos prohombres, civiles y militares, que, hecho igualmente singular, son o tiran todos a la izquierda o, con agudo sentido oportunista, se tiñen de izquierdismo y de tercermundismo en

el momento mismo en que este mito se torna patente y patéticamente inexistente—, estos pueblos detentan en su seno cargas inagotables de resentimiento capaces, si el hombre del Este les agrega las dosis adecuadas de intoxicación, de provocar desastres imprevisibles y, es de temer, irreparables (siempre pensemos en una posible, si no desde ya inevitable, tercera guerra mundial).

No, en verdad, no existe relación posible entre ellos y nosotros, que no sea artificiosamente cultivada. Solamente existe una confusión deliberadamente planeada entre sistema de autoridad y totalitarismo, entre "gobierno militar" y "fascismo", entre nacionalismo y genocidio. Mas éste ya es un cuento viejo que no logra excitar, ni interesar a nadie. La verdadera confusión que hay que aclarar es la que ha ido creándose e imponiéndose entre "democracia" y "libertad", entre "libertad" e "igualdad", entre "igualdad" y "fraternidad", porque aquello que nosotros queremos evitar es la esclavitud totalitaria que toda fórmula supuestamente democrática prepara, aun cuando sus portadores no lo intuyan o se empeñen en no entenderlo. Por lo cual sugiero que nos dejemos de hablar de "sociedad" democrática y empecemos a hablar de sociedad libre y a hacerla posible renunciando a los mitos y a los tabúes políticos; que dejemos de referirnos a la "igualdad" como a un valor sacrosanto, y empecemos a pensar en términos de "jerarquía", o sea en la "necesidad de la desigualdad", porque es una condición natural que se cumple, ya que no más por derecho de nacimiento, por el mérito que surge del servicio prestado a la comunidad: que nos dejemos de hablar de "fraternidad", madre —y no hay otra— de las guerras infernales y de las matanzas en masa de la edad contemporánea, y que pongamos todo nuestro empeño en pensar en serio en el bien común, un bien común que, al ser entendido con claridad y programado con lucidez, se extenderá de la nación a la comunidad internacional.

Pero esta relación, de la que hablábamos más arriba, y una relación íntima por añadidura, existe muy fácil de detectar entre las familias del superclan democrático, desde la liberal festiva que promete prosperidad y paz para todos, y no las da a nadie,

tirando huesos y migajas a quienes la acompañan cada vez que hay elecciones, y se callan mientras tanto (a veces, el cálculo falla, como bien vio el Sr. Giscard en mayo de 1981 cuando los franceses, pese a su prosperidad relativa, votaron contra él que se les había hecho insoportable más que por François Mitterrand y, queriendo evitar un improbable Caribdis, cayeron a pique en el Escila social-comunista); desde la liberal festiva, pues, hasta la totalitaria eufemísticamente llamada popular que, dondequiera logra asentarse, actúa como ejército de ocupación y de saqueo; pasando por la plutocrática que, con el consenso más o menos declarado de las demás, se reserva a sí misma festividad y prosperidad, valiéndose para sostenerse del apoyo "consumidor" de la popular, mediante entrega de bienes de capital, de tecnología avanzada, de plantas fabriles llave en mano, de materias primas estratégicas, de cereales a precio de cambalache. Y éste es asunto viejo puesto que, en 1983, está por alcanzar sus sesenta y seis años, con lo cual quiero decir que este asunto arranca de la financiación de las revoluciones de Febrero y de Octubre por los Schiff, Loeb, Warburg, Rathenau, *et al.* y encuentra su culminación en el sostenimiento de las guerrillas por personajes de gobierno, y de avería, de nuestro país, avalados por bancos belgas, suizos, franceses, alemanes, americanos, y por algunos "líderes" clericales. El asunto no ha variado mucho desde los tiempos holando-mosaicos de la "Gloriosa Revolución de 1688"; ginebrino-calvinista y anglo-masónicos de la Revolución Francesa. No ha variado mucho, se ha perfeccionado.

## X. SALDO DEUDOR

Podemos fundar en axioma que toda democracia actúa como factor negativo, destructor de un valor que, a través de los siglos, había demostrado su utilidad y su buen servicio a la comunidad, a la que aquélla pretende capturar para ser beneficiaria exclusiva de una prosperidad laboriosamente creada en beneficio de todos. La plutocracia es el negativo perfecto de las viejas aristocracias, cuyos privilegios se compensaban con creces a través de la obligación del servicio armado, del impuesto de la sangre derramada sin reticencia ni parsimonia. La democracia pluralista es la inversión total de las monarquías autoritarias que, si se quiere hablar en términos actuales, eran sistemas de poder populares y aun "sindicales" (corporativos, pero no en el sentido tan mal entendido como sistemáticamente anatematizado por el Sr. Iglesias Rouco, que se ha especializado últimamente en confundir y enmarañar los términos políticos más usuales que le pasan a mano), porque sentaba su legitimidad en la obligación de estar al servicio de todos y en la protección celosa de las libertades profesionales, en un modo de sufragio que no era universal únicamente porque, con él, no se votaba por la elección de un nuevo rey sino, sin distinción de categorías sociales, simplemente, por las representaciones comunales, corporativas y estamentales. La diferencia es grande sí, pero redunda, creo yo, a favor del sistema antiguo por cuanto,

gracias a él, quienes tenían derecho a voto no eran los privilegiados de la nobleza y del clero —éstos como tales lo tenían solamente dentro de su estamento, cuando se trataba de designar a sus representantes permanentes ante los parlamentos y la Corona, y cada vez que el soberano decidía reunir a los Estados Generales—, sino los campesinos, pequeños propietarios y arrendatarios, los artesanos y los burgueses, comerciantes e industriales grandes y pequeños, es decir, quienes creaban efectivamente la riqueza de la nación. Los nobles y los clérigos detentaban privilegios —por lo demás considerablemente reducidos ya a partir de las segunda mitad del siglo XVII, cuando menos en Francia, en Italia central y septentrional, en el Imperio, en España y, cien años más tarde, en Prusia y en Rusia por obra de Federico y de Catalina. El impuesto de la sangre que era la contrapartida de esos privilegios no resultaba liviano, pues ¿qué familia de cualquier rango nobiliario no perdía a varios de sus miembros en esas guerras? El de la beneficencia y de la instrucción pública que el clero ostentaba también tenía un precio elevado, máxime a partir de las reformas agrarias del siglo XVIII que habían reducido drásticamente las rentas de los obispos y de las órdenes monásticas mas no sus obligaciones [13].

---

[13] El día en que nobleza y clero se desunieron, tras la apertura de los Estados Generales en 1789, muchos de sus miembros pasaron al Estado Llano en un contubernio que, so pretexto de Constitución fundada en la "soberanía del pueblo", despedazó todo concepto real de autoridad y abrió de inmediato el ciclo de las guerras y de las revoluciones infernales, en nombre de la Fraternidad Universal, al pasar de las manos de los marqueses de Lafayette, Condorcet y Mirabeau a las de los Danton, Robespierre, Saint-Just y otros depredadores, organizadores de las Grandes Jornadas Revolucionarias, esto es, de matanzas colectivas Todo sale de allí, última de la lista la revolución bolchevique. En ninguna de estas revoluciones de los siglos XVIII, XIX y XX faltaron colaboraciones clericales, cuyos portadores estaban listos para amoldarse al movimiento. De los Jansenistas de la Constitución civil del clero (Robert Lindet), a la Iglesia Viviente (del arcipreste Vvedenski) de los primeros tiempos leninianos, no hay solución de continuidad. La figura de Lamennais es importante por cuanto ofrece un lazo de unión pretendidamente cristiano, encarnándose

Para terminar con este panorama desolador, la democracia popular es la caricatura desfachatadamente cínica de toda sociedad de bien común, la conclusión irreversible de cualquier forma de soberanía popular. Con una diferencia, sin embargo en democracia pluralista, el pueblo soberano —esto es, el "ciudadano-rey"— delega sus poderes (equivocándose sin remedio, salvo rarísimas excepciones) a los representantes elegidos por él; en democracia popular, el miembro del "gobierno de todo el pueblo" —el "rey-ciudadano", pues— recibe sumisamente a representantes-burócratas elegidos sobre catálogos por el Comité Central del Partido-Estado, esto es, por el tamiz del fichero del KGB.

Rousseau, padre común de la especie, no hablaba de bien común, sino de "voluntad general", pero sabía —y lo especificó en el mismo *Contrato social*— que su consecución era imposible fuera de la dictadura de la mayoría, cuyo primer deber habría de consistir en eliminar "incluso por la muerte" a todos los disidentes: el mito de la voluntad general, por lo tanto, tiene que sustentarse en la práctica permanente del terrorismo de Estado. Tal es la facultad innata del Supremo Legislador.

Otra variante, que no es más que formal: exactamente como los "humanistas" del marxismo-leninismo, delegados del "gobierno de todo el pueblo", esto es, del sistema más aterradoramente totalitario qe nos ofrezca la historia, anuncian la "extinción fatal" del Estado y, mientras tanto, encadenan a su "rey-ciudadano" en torniquetes día a día más apretados; los portadores

libro → Cristo y la Rev.

Cristo en la Revolución como valor absoluto, entre la subversión clerical de 1789 y las derivaciones políticas del modernismo contemporáneo. A esta tropa en perpetua agitación revolucionaria, han acabado aglutinándose el Consejo Mundial de Iglesias, ya decididamente intoxicado por el marxismo, y la muy efervescente hueste de los "Cristianos para el socialismo". En 1789, ya había "sacerdotes para la Revolución", los abates Fouché, Gregoire, por ejemplo, precursores de los actuales "democratizadores" de la Iglesia Católica, que aprovecharon el Concilio Vaticano II para lanzarse al zafarrancho. Todos los cuales, ahora como siempre, acaban jacobinizándose hasta hacerse terroristas, afiliándose al PC, casándose, divorciándose, etc., etc. *Nil novi sub sole.*

del "pluralismo avanzado" —cuando se expresan como Giscard en su triste *Démocratie française*, o como Carter cada vez que expelía, ojos en b'anco, sus homilías de pastor bautista laicizado—, al sostener que hablan en nombre de todos sus "ciudadanos-reyes", mienten y engañan a los demás: el primero fue elegido por 51% de los votos emitidos, con una abstención del orden del 25%; el segundo, por una proporción idéntica de votantes, pero con un 45% de abstenciones; no pretenden llegar a la "extinción del Estado', sino a su "humanización"; por lo cual, ya socializados *in mente*, lo utilizan para intervenir cada vez más hondamente en la vida pública y privada de sus conciudadanos, abriendo rastreramente las puertas a la sovietización. Mitterrand y sus cuatro socios del PC no tuvieron que empujar la puerta para entrar, estaba abierta de par en par.

Los marxistas-leninistas se valen de una delegación política enteramente falsificada, y no lo disimulan. La de los pluralistas resulta averiada desde el vamos, un "vamos" que va agrandándose con su "seguimos". Iuri Andrópov, cúpula pensante de un *Politburó* en el que se concentra el "gobierno de todo el pueblo" *soviético*, esto es, del Partido-Estado cubierto por la *Nomenklatura*, es el que menos se engaña y menos engaña. En efecto, encarna la voluntad, la sed de beneficios permanentes de treinta a treinta y cinco millones de beneficiarios miembros de número, parientes, allegados y clientes— protegidos por las fuerzas armadas y las tropas de seguridad, atrincherados en sus "barrios para ricos". Calculando sin regatear hemos llegado a esta cifra, y es necesario recordar que quienes la conforman se sitúan a lo largo de una escala muy diferenciada. Pues, como decía Napoleón, el de George Orwell si queremos entendernos, "todos somos iguales, pero algunos lo somos más que otros", incluso y sobre todo en el uso de los privilegios. Pues bien, todos ellos han confiado al mentado Secretario General del PC de la URSS y presidente del Soviet Supremo —habrá que esperar algún tiempo, imagino, antes de que lo nombren Primer Mariscal de la URSS y le den el Premio Lenin de Literatura— el cuidado de sus intereses y de sus apet'tos que el trabajo esclavo y semi-esclavo de 230 millones de *rusos* sirve para sa-

tisfacer. Es evidente que Don Carlos Marx se equivocó cuando acusó a los dueños del gran capital de reservarse el uso absoluto de la plus-valía producida por el trabajo proletario. Pero no lo es menos que, tratándose del mismo fenómeno trasladado a la URSS, estaba y sigue estando plenamente acertado.

Para llegar al fondo del problema, no será inútil que reproduzcamos a continuación algunos pasajes de una entrevista concedida por el filósofo ruso exiliado Aleksandr Zinóviev al representante de una revista francesa:

PREGUNTA: (relacionada con los acontecimientos de Polonia) *—Sin embargo, la masa parece buscar otra vía.*

ZINOVIEV: *Gruñir es una cosa, cambiar de sociedad es otra. En Rusia también, todos gruñen. Pero el descontento de la gente y el fracaso económico no quebrantan el sistema. La sociedad marxista asegura a cada uno una seguridad, aun muy mediocre, contra los riesgos materiales. A algunos les basta, si bien la búsqueda permanente de los alimentos asimila los soviéticos a los Papúes y a los Hotentotes. Para progresar, o mejorar la ración en semejante mundo, hay que pensar constantemente en el interés personal, sin preocuparse por el porvenir de la sociedad o del Estado. Ahora bien, al Estado no le preocupa. Por consiguiente, el sistema es estable. La viveza individual lleva normalmente al fraude, al parasitismo y al robo.*

PREGUNTA: *¿Le parece duradero ese tipo de sociedad sin libertad?*

ZINOVIEV: *Seguramente; el comunismo no tiene más que sesenta y seis años. Es poco ante la Historia. Esperemos dos o tres siglos. La sociedad occidental tiene más de mil años. ¿Tiene por ello que negar de antemano la longevidad de otra sociedad porque no le gusta?...*

PREGUNTA: *¿Le parece exportable este tipo de sociedad?*

ZINOVIEV: *Evidentemente. Ya los miembros de los partidos*

*comunistas están sovietizados de hecho. Una mentalidad de tipo soviético ha penetrado en los no comunistas de Escandinavia; luego, en Alemania del Oeste donde yo vivo. El ciudadano se sovietiza en el momento mismo en que renuncia a sus aspirciones profundas —y, por consiguiente, a sus riesgos— bajo la presión del Estado: a partir del instante en que aprehende al Estado como una compañía de seguros a la que, cree, se puede evitar de pagar las primas* [14].

Existe una enorme diferencia entre el terror permanente, característico del sistema comunista, ello es innegable, y los métodos de corrupción hábilmente dosificados por los portadores del pluralismo democrático. Pero, a los efectos prácticos, la desmoralización y el pervertimiento intelectual acarreados por éste embotan el alma y el corazón, paralizan la razón. Con sus campamentos de trabajo, sus inyecciones de Haloperidol y de sulfuro, sus tiros en la nuca, el sistema de democracia popular es menos hipócrita que el que sigue dando sus apariencias de vida al Estado de derecho liberal burgués, por cuanto, mientras sigue empuñando pistolas de 8 mm., mordazas, garrotes y jeringas hipodérmicas, poco le importa la opinión pública, la cual opinión pública o, mejor dicho, la ciudadanía engrilletada sabe a qué atenerse en todos los casos [15].

Mucho más deletéreo es el otro sistema —el nuestro— pues logra sobrevivir con sólo poner en práctica las curaciones, menos visibles y detectables, del terrorismo intelectual. En efecto ¿qué ciudadano-rey —me refiero a la gran masa de los ciudadanos-

---

[14] En "L'Express", de París, entrega del 10 de junio de 1983.

[15] Pues ¡"viva la hipocresía! de todos modos, puesto que nos permite todavía criticar a los portadores del "ideal democrático", aunque más no sea en círculos cada vez más reducidos, sin riesgo de tiro en la nuca, por el momento por lo menos. Si bien, como decía un viejo camarero amigo mío cuando nos veía de ánimo caído: *"Un jour viendra, parfum d'Aris"*.

reyes— que se limita a hojear distraídamente su gaceta cotidiana, que se satisface, al término de su jornada de trabajo, con la evasión que le proporciona la pantalla chica, podría imaginar que, detrás de todo eso, hay algo más tenebroso, que siquiera existen escritores, poetas, artistas cuya frecuentación le resultaría sin duda provechosa, puesto que no se los publica o expone y que todos, por el contrario, evitan cuidadosamente hablar de ellos? Al no conformista que, por casualidad, logra levantar vuelo, aquí no es necesario inyectarlo para derribarlo. Es suficiente acusarlo de "fascismo", calificarlo de "promotor de la reacción" o, simplemente, de "conservador", y se le cierra a cal y canto hasta las columnas del *Correo de Berabevú*. Pues, de golpe, se descubre que la lectura de sus dichos resultaría bastante menos atrayente que la del precio de la vaca en pie, o de las variaciones del mercado de la remolacha. Se puede morir de desesperación, aun cuando no es el efecto de la tortura física. ¿Quién resiste ante este hostigamiento molecular? Por extraño que ello resulte, los hay, pocos pero los hay. Un François Brigneau, un Jean Madiran, un Louis Pauwels resisten todavía. Pero el más combativo de todos, Maurice Bardèche se ha retirado del ruedo. ¿Por qué cito únicamente a franceses? por varias razones —una de las cuales no me será necesario formular, y el lector me entenderá—, sobre todo porque Francia es, como dicen los italianos, el *antesignano* de lo que sucede en Occidente y, por el momento todavía, en el resto del mundo. En mal como en bien y, por desventurado ahora, mucho más en mal que en bien...

Con todo lo cual, no quiero decir que exista un metro pensable de comparación entre el ostracismo del que sabe valerse el Estado de derecho liberal burgués para defenderse contra la "derecha al acecho", y los sufrimientos impuestos de una u otra manera —todas exquisitamente crueles— al disidente del Estado de derecho proletario. ¡Dios me libre de proferir semejante disparate! Pero, en fin, recordemos al pasar que, en los tiempos crueles de Nicolás II, los liberales y los progresistas —*c'était la même chose*, y sigue siéndolo—, dueños visibles o no de las editoriales y de las revistas se las arreglaban para impe-

dir que los "reaccionarios" lograran publicar sus obras, o que éstas cayeran en el silencio y el desprecio si alcanzaban a hacerse imprimir. En la misma lanzada altamente democrática, se colocarían cuarenta años más tarde, como naturalmente, los "intelectuales" depuradores franceses, un Vercors, un Louis Aragon, etc., etc., que, a partir de 1944-1945, consiguieron que, durante varios años, los mejores escritores de su país —Montherlant, Céline, Giono, Marcel Aymé, Maurras—, fueran reducidos al silencio por el crimen estrafalario de "indignidad nacional", cuando no lograron hacerlos fusilar, como a Robert Brasillach, Paul Chack... Para los liberales rusos, nadie podía resultar más genial, más "despierto" ante los atropellos de la tiranía zarista, que el cacógrafo Maksim Gorki, nacido Pieshkov, ese sub-Zola de la estepa, ni nada más hilarante que la poesía mística de Vladímir Soloviov; y si se admiraba a Tolstói, mucho más que por *Guerra y paz* y por *Anna Karénina,* era por el absurdo *Resurrección* y por los panfletos de su senectud contra la dinastía y contra la Iglesia. ¿Quién se atrevería ahora a sostener que aquel cacógrafo, falso pobre y rico real, "humanista" que cantaba las virtudes educadoras del trabajo esclavo en la construcción del canal del Mar Blanco, haya sido un intelectual estimable, dotado de algo del talento que se le atribuye, aunque sea de tanto en tanto? Esta pregunta, hubiera podido contestarle el ciudadano Dzhugashvili, *Guenialni Vozhd* Nº 2, que lo hizo envenenar. De todos modos, como, según lo que se dice, los tiempos cambiaron, nuestros intelectuales en el Viento de la Historia se entregan a cualquier clase de manifestaciones para proclamar con cara de bronce la superioridad de ese pelmazo y rey de los soplones que se llama Mijaíl Sholojov, sobre Pasternak, Solzhenitsin y el mismo Dostoievski.

## XI. VÍA MUERTA

¿Qué viene a hacer en todo eso la democracia "orgánica"? Ante toda otra disquisición, pregunto yo: ¿quién se atrevería a definirla con precisión y sinceridad fuera de Francisco Franco, que se llevó el secreto al Valle de los Caídos?

Lo único que, por mi parte, me animaría a decir es que, contrariamente a lo que sucede con la democracia libertal, la democracia cristiana y la democracia popular, sus principales víctimas no son los gobernados, sino los gobernantes que se valen de ella para gobernar. Estos, en efecto, imaginan crear con ella un Estado nuevo, una organización social de tipo nunca visto desde que se habla de democracia y que, de concretarse en los hechos, verá sus bondades reconocidas por todos.

Ahora bien, lamento tener que recordarlo, lo que nunca se vio nunca se verá. Como decía el historiador Carlos Yriarte, al que cito de memoria por no tener el texto a mano: "lo único imposible es lo que no tuvo lugar en los tiempos de Roma". Y es así, en verdad, a pesar de lo paradójico del dicho. Todo lo que se ha intentado hacer para bien, o para mal, de los hombres y del Estado, se hizo en los tiempos romanos, se hizo en Roma y se deshizo por Roma. Las tentativas ulteriores, a veces coronadas por el éxito, siempre se cumplieron en referencia total o parcial con lo que Roma había hecho: la restauración carolingia y la de los Otones, el proyecto universalista de Car-

los V, el Imperio de los Habsburgo y el de los Románov, el de los Hohenzollern, la tentativa, europea para empezar, de Luis XIV, el expansionismo conquistador de España y de Inglaterra, por contrastantes que hayan sido entre ellos, fueron intentos de volver a crear el orden romano. El resto, casi todo el resto, es caricatura, a veces trágica, a veces lastimosa, cuando no contrafigura perversa del milagro romano santificado por la conversión a la fe de Cristo, como la aventura napoleónica, como el "Tercer Reich para mil años" de Adolfo Hitler, el imperio soviético al que, con sus fines universalistas, sus mismos amos llaman ahora la "Cuarta Roma".

Pues, así como el monje Filoteo, dirigiéndose a Ivan III tras la caída de Constantinopla, proclamaba el advenimiento de la Tercera Roma, el ideólogo Mijaíl Suslov, valiosamente sostenido por los chekistas Borís Ponomariov y Iuri Andrópov, se lanzaba a vaticinar el de la Cuarta con la que el imperio universal alcanzará su punto irreversible de cumplimiento. Profecía ésta que muy poco se concilia, que digamos, con la igualmente preanunciada "extinción del Estado", que, según lo que Lenin dejaba entrever en *El Estado y la Revolución,* era sólo cuestión de poco tiempo; pero que muy bien anda acompañada por el final de los tiempos que nos señala el Apóstol San Juan...

En todo esto, y aquí donde nos encontramos por obra de los puritanos de Nueva Inglaterra, padres utópicos a la par que mercantiles de esa maligna criatura, y que, para obtenerla, no tuvieron más que la inmoralista madre francesa lanzada en el mercado por el delirante ginebrino Juan Jacobo Rousseau; allí donde nos encontramos, digo, el supuesto ideal democrático se reduce a un mero pretexto cuyos especuladores, y éste es el secreto de su éxito, sólo han tenido que ilustrarse en el arte acabado de la mutación. Arte que, por lo demás, parece habérseles agotado en el momento mismo en que sus rivales —colegas de la democracia popular— han logrado hacer de su maquinaria el carro de Jaggernaut que todo lo aplasta a su paso... Y tanto se les ha agotado que su último y pobre recurso "intelectual", fruto del pensamiento vivo del más representativo de sus sujetos —me refiero a Valéry Giscard d'Estaing y a su *Démocra-*

*tie française*— se aplastaba sobre sí mismo, pese a su publicación en todos los idiomas conocidos (pese a su decadencia y caída la Maison Giscard todavía tiene algunos recursos) y se hundía en un vacío químicamente puro[16].

Pero siempre se encuentran recursos, aunque sea temporarios, porque la imaginación de los portadores de la "idea democrática" es inagotable. Sin darle todavía nombre ni membrete, han descubierto últimamente un modo nuevo e infalible de someternos a su imperio, sin que podamos desvincularnos de él. Mediante la invasión por el Estado de todos los instantes de nuestra vida, han acabado atrincherándose en lo que Louis Pauwels llama *"democracia reductora"*. Lo ilustra como sigue: 'Existe una distorsión creciente entre la gente y la clase que decide... La opinión pública es consciente de la existencia y de la dominación de esta nueva clase, administrativa, política, sindical, burocrática, que se ha adueñado del interés general y se ha constituído en profesión superior. Todo miembro de esta profesión superior cree saber mejor que los demás ciudadanos qué es lo que a éstos les conviene. Bajo su gobierno, difuso pero completo, los derechos, las libertades y los intereses de los par-

---

[16] Si el lector cree que exagero, que me haga el favor de ir a buscar mi respuesta en las obras siguientes: del alemán Carl Schmitt, *Escritos políticos* y el *Tratado del partisano*, que me han ayudado a racionalizar mucho de lo que aquí se está sosteniendo; del francés Jean-François Revel, en otro orden de ideas por supuesto, *La tentation totalitaire* y *Comment les démocraties finissent*, que confirman mucho de lo que estamos diciendo acerca de la descomposición de la democracia; del igualmente francés Jules Monnerot, *Sociologie du communisme* y *Sociologie de la Révolution* (subtitulada esta última: "Mitologías políticas del siglo XX. Marxistas-leninistas y fascistas. La nueva estrategia revolucionaria"), obras densas pero imprescindibles. Más lejos hacia atrás, la mejor introducción al tema se encontrará en la recopilación de los últimos trabajos de Vilfredo Pareto (maestro de Monnerot); *Trasformazioni della democrazia*, que es de 1922 y no ha envejecido resultando, por el contrario, más actual que nunca. En estos trabajos, el lector, si quiere, descubrirá el precio que, a partir del siglo XVIII, las naciones han tenido, y tienen, que pagar para resistir, o adaptarse, a las exigencias del Partido del Movimiento.

ticulares se encuentran sin cesar escarnecidos y reducidos... Así el control de su existencia escapa a los ciudadanos en una democracia de tipo inédito, la *democracia reductora* (subrayado por mí, A.F.)"... Aquí, "finalmente, es el papel del Estado el que entra en discusión. Pues la nueva clase nace, se reproduce, prolifera en el Estado y sus múltiples derivaciones"... "La función pública confiscó casi completamente el poder político..."

Mas esto no es todo por cuanto "la oposición institucional pertenece, ella también, a la nueva clase en la que izquierda y derecha se confunden en el ejercicio de la *profesión superior* (subrayado por mí, A.F.). Si bien el socialismo exaspera, la distorsión entre ciudadanos y nueva clase es observable también a la derecha" [17].

Un poco más arriba, preguntaba qué es lo que la "democracia orgánica" viene a hacer en todo esto. La respuesta es sencilla a la par que drástica: truncada, pese a los deseos (no demasiado fervientes) de Francisco Franco y la tentativa (no demasiado comprometedora) del Dr. Cayetano, se nos brinda como un nonato, ni siquiera pieza de museo biológico colocado en el estante más alejado del contacto del público. ¿Quién lo lamentaría?

[17] Louis Pauwels: *¿La democracia? ¿Qué democracia?*, en "Figaro Magazine", de París, entrega del 28/5 - 3/6 de 1983.

## XI. SUMAS RECIENTES

Una vez más, pues, se comprueba que la democracia es un medio instrumental cuyo valor moral para el mejoramiento de la especie en lo espiritual (aun en lo material que, sin embargo, es su especialidad) permanece sin descubrir, mas que, como decía el abate Lantaigne, perdura para nuestro castigo a través de sus incesantes mutaciones que no ofrecen más consistencia que la de la técnica aplicada, desde hace doscientos años, para encadenar al hombre en el anonimato de la masificación. Durante estos dos siglos, ha ido sitiando y destruyendo por desmoronamiento interno, muralla tras muralla de una a otra generación, valores que se habían edificado, afirmado e impuesto a través de los siglos, con el toque de prueba de la experiencia informada en la *inteligencia de lo real*. Les ha substituído paulatinamente promesas de "valores ideales", o sea, utopías mutantes que, siempre, permanecen sin concretar, ni tienen en cuenta el costo de las experimentaciones ejecutadas fuera de toda posibilidad de retorno sobre el cuerpo social, en el alma de los hombres, como si fueran pruebas de laboratorio cuyo fracaso afecta solamente a elementos sin vida propia colocados en la probeta. Pues, contrariamente a lo que sucede en la física o en la química experimental —en las que las pruebas pueden repetirse hasta el infinito sin riesgos para el fin buscado—, con esas experimentaciones efectuadas sobre el hom-

bre y la sociedad. éstos podrán seguir viviendo, pero mutilados de un órgano o de una función arrancados de modo irremediable. Porque esos utópicos reformadores sociales —politólogos, antropólogos, sociólogos—, no aceptan ningún llamado de atención, ningún desmentido por cruelmente que surjan, sobre todo si provienen de quienes pueden dominarlos, sea por una inteligencia natural superior, sea por una preparación intelectual y moral asentada en una larga tradición de mando y de servicio.

Desde allí, el camino es corto para las proscripciones sociales, las exclusiones profesionales, la inscripción en el libro negro de la indignidad nacional a expensas de los no conformistas. Esto hicieron los promotores de la Cruzada común de la democracia contra el fascismo, sus matones, sus gorilas, y sus acompañantes de la mafia intelectual: Giovanni Gentile, asesinado por la espalda, sin que Benedetto Croce, el compañero de su juventud hegeliana, lo encontrara demasiado escandaloso; Ezra Pound encerrado en una jaula a cielo abierto para que los ilustrados MP del ejército yanqui lo cubrieran de esputos, antes de que se lo encerrara, durante catorce años, en un manicomio, lo que reduce bastante el tono de la indignación de Carter ante la existencia de los hospitales psiquiátricos de la URSS; Robert Brasillach, Paul Chack, etc., un etcétera que significa ciento cincuenta mil franceses más, fusilados sin juicio por "traidores"; Charles Maurras, condenado a la celda con segregación por "inteligencia con el enemigo"; Aristide Maillol, despachado, a los ochenta y tres años, a martillazos, final lógico para un escultor; Montherlant, Morand ¡y cuántos más! obligados a buscar refugio en el extranjero; centenares de miles de rusos anticomunistas entregados a traición a Stalin por orden expresa de Churchill y Truman. Pero ¿cómo se llama el financista que sufrió algún contraste por haber contribuido a la construcción del Muro del Atlántico? No lo busquen, está haciendo opíparos negocios con la URSS y con China popular, aun cuando sepa que, allá, el trabajo esclavo es la fuente principal de la plusvalía que él comparte con el gang de la *Nomenklatura*.

Así son los príncipes de la democracia moderna: Jimmy Carter, con sus "derechos humanos" entre los dientes; Willy

Brandt, con su *Ostpolitik*, que es la puerta de la finlandización de Europa, última etapa antes de su sovietización; Giscard d'Estaing, con su anémico "liberalismo avanzado", disfraz transparente del socialismo a lo Olof Palme; François Mitterrand y su "socialismo a la francesa", o sea, con perdón, "¡Comunistas, al salón!"... Cedimientos sucesivos que, todos, se brindan como modelos *up to date* para que el mundo que se cree libre se deje arrastrar al "entendimiento perpetuo" con la URSS, o sea, a su integración final en el imperio knuto-marxista. Este sería un modo indoloro de "evitar lo peor" [18].

Es que la democracia pluralista, con minorías arrastradas (a veces) a transformarse en mayoría por el expediente azaroso —es decir, absurdo— de las urnas, sólo alcanza a ser emanación trunca y caquéctica de la voluntad general. A partir de un cierto momento, por consiguiente, se tiene que admitir que el ciudadano de Ginebra no sirve para cubrir todo el expediente. Aquí es donde muestra su utilidad D. Carlos Marx, pero un D. Carlos Marx "indexado" por los descubrimientos de Sir

---

[18] En ciertas circunstancias, no tan excepcionales como la buena gente se figura, la democracia pluralista no excluye la eliminación física del opositor demasiado coriáceo, ni siquiera el recurso a las matanzas masivas que no son privativas del jacobinismo robespierrista ni del terrorismo lenin-staliniano. Sí señor, así el "pluralismo" queda un poco menos pluralista, pero todo queda en familia. De Gaulle "restaurador de la República" se mostró aún más "conducente" que los Grandes Antepasados de 1793 (esto lo especificó su ministro de "Justicia", el siniestro Pierre-Henri Teitgen cuando declaró en la Asamblea Nacional que, justamente, los mentados Grandes Antepasados quedaban como niños de pecho al compararselos con los "depuradores" de 1944-1945) En efecto, "legitimó", tras haberla organizado desde sus recovas de Londres y de Argel, la liquidación somera de casi 150.000 franceses en los tiempos de la Liberación, y al favorecer por abandono, como consecuencia del tratado-capitulación de Evian-les-Bains de 1962, el degüello de 175.000 harkis argelinos, fidelísimos franceses de religión musulmana. La única diferencia a este respecto que corre entre democracia pluralista y democracia popular es que, mientras ésta es permanente, la de aquélla se lleva a cabo por entregas sucesivas, repartidas en el tiempo y la oportunidad. Como las novelas de Eugène Sue y de Xavier de Montépin.

Charles Darwin, al que el profeta de Tréveris transportó gratuitamente de la fisiología a la estrafalaria dialéctica de la Historia, sin alcanzar, entonces, mayor audiencia, aun en el partido de la Revolución, Razón por la cual, otro "profeta" —si bien de Simbirsk, esta vez— Vladímir Iliich Uliánov (*a.*) Lenin, se encargó de poner en movimiento los temas del marxo-darwinismo, mediante operaciones altamente filosóficas que, a los sesenta y seis años, siguen teniendo su *alma mater* en el edificio de la plazoleta Lubianka, actualmente Dzerzhinsk'. De donde, en esa novísima radiación roja del espectro ideológico contemporáneo, la práctica del genocidio, apreciada ya en el Oeste como asunto de ordinaria administración y ofrecida a la comprensión afectuosa del mundo pensante por sesudos maestros de la ciencia política occidental como prueba de que esta experiencia se sustenta en un consenso general arrollador.

Consecuencia lógica: de conseguirse entre nosotros, este consenso nos evitaría muchos sinsabores. El insigne catedrático en Sorbona Maurice Duverger lo sostenía al poco tiempo de la "Operación Budapest", en el momento mismo en que el imperio del entonces Gran Jefe Nikita Jrushchov empezaba a agitarse con las primeras señales de la disidencia interior [19]. A pesar de todo lo que sea dable percibir en el otro lado de la Cortina, esos politólogos tan regiamente informados, y rentados, parecen haber hecho escuela puesto que los portadores del ideal liberal-progresista, que buscan su inspiración ideológica en las reuniones del Club Bildelberg (ahora llamado a silencio, en apariencia

---

[19] M. Duverger: *De la dictadure;* París, 1961. ¿Quién se extrañaría al aprender que, con el radioso 10 de junio de 1981, el profesor Duverger se haya mudado de la Sorbona al Palacio del Elíseo en calidad de consejero permanente del presidente François Mitterrand? Pues ambos han seguido la misma trayectoria, empezando con el movimiento monárquico de *Acción Francesa* y terminando en el socialismo "a la francesa", no sin pasar por el partido de los Independientes de Derechas y el partido radical, sin olvidar el movimiento pro Argelia francesa y por los grupos de defensa de la... pena de muerte, finalmente abandonada aquélla y suprimida ésta por intervención directa del "Gran Mutante" eliseano.

por lo menos), en el magisterio del Club de Roma, en las consignas de la *Trilateral* y otras límpidas asociaciones de fomento, no desean otra cosa fuera de un entendimiento perpetuo con los mastodontes de la *Nomenklatura*. Y mientras lo consigan en aras de su tan soñado Estado mundial, cubren la tumba del "humanista" de Simbirsk, y no permiten referencias más que formales a los "derechos humanos" tal como se los interpreta en Moscú (más de 100 millones de "enemigos de la clase obrera" despachados en sesenta y seis años), y en Peiping (155 millones, más o menos, en solamente veinte y cuatro). Para ellos, en efecto, este tema únicamente autoriza grandes movimientos de masa en la relación del "mundo civilizado" con Santiago de Chile, con Buenos Aires, con Montevideo, con San Salvador, con Guatemala, con Pretoria, en ningún caso con Luanda, Argel o Managua. Consenso que, para decirlo todo, tanto en la Unión soviética como en la misma China popular, se funda en la percepción de sus propios administrados que la manera más cuerda de votar es hacerlo con los pies (no en sentido figurado como sucede entre nosotros), es decir, escapando lo más lejos posible, razón por la cual las autoridades rehusan otorgarles visado de salida pues, si lo hicieren, ambos paraísos se quedarían sin moradores, o sea, sin "gobierno de todo el pueblo". Lo que más desean Andrópov y Hua Guofeng es que la voluntad general, el "consenso general" tan caro al profesor Duverger aparezca a los ojos del mundo maravillado, consulta tras consulta, más monolítica cada vez.

Es que, en las barbas transformistas de Sir Charles Darwin, tiene derecho a mecerse quienquiera aspire a pertenecer al Partido del Movimiento que, todo sumado, es el de la Revolución: tanto como el venerable D. Carlos Marx y aquel noble de nacimiento que se llamaba Vladímir Iliich Uliánov, cuya venida Joseph de Maistre había anunciado cuando hablaba del "Pugachov de universidad" que lo destruiría todo; tanto como el ex seminarista Iosef Vissarionovich Dzhugashvili, aquel "bandolero georgiano" que, entre clase de teología y sesión de canto litúrgico, se distraía asaltando bancos y coches postales; tanto ese hueso de santo que fue Nikita Serguéievich Jrushchov, "depura-

dor de Ucrania" y "pacificador de Hungría"; tanto como el Supremo Legislador Leonid Iliich Brézhniev, el superchekista Iuri Andrópov, planificador de todos los actos de terrorismo cometidos en el mundo libre de quince años a esta parte; tanto como el "emperador de cartón" de la Ciudad Prohibida, quiero decir, el Gran Timonel Mao Zedong, sustraído ya a nuestra veneración, el ciudadano Schickelgrüber que, mientras los demás orientaban la vía de la "selección natural" hacia los sótanos de la Lubianka y los islotes del *Gulag* para triunfo final de la especie proletaria, supo actualizar el descubrimiento del ilustre baroneto con vistas a la afirmación "para mil años" de la especie ario-germánica mediante la calcinación de los racialmente impuros que le pasaban a mano; tanto como ellos, insisto, tienen derecho a asiento en ese piloso columpio los príncipes que nos condicionan de este lado de la Cortina.

Reiteradamente, he aludido a los más representativos del clan. ¿Para qué insistir entonces acerca de sus personas, sus dichos y sus pronosticaciones si no para mostrar que están adoptando esta postura de sumisión ante el Partido de la Revolución en el momento mismo en que se producen acontecimientos que me limitaré a explorar brevemente?

I - La afirmación indiscutible del poder desembozadamente policíaco de Iuri Andrópov como cabeza suprema del Partido del Estado, esto es, conforme al uso marxista-leninista, del "Partido-Estado", vale decir, como dueño del aparato terrorista que engrilleta inexorablemente la sociedad rusa entera (y extiende sus redes sobre el resto del mundo mediante activistas amaestrados para actuar aun contra la persona del Papa), muestra a las claras que esta sociedad, a los sesenta y cinco años de su captura por el comunismo, presa de un ansia creciente a consecuencia de la "destalinización", ha tenido que volver a someterse por los métodos habituales —actualizados— del más puro stalinismo. De este modo —y ésta es la "gloria" de Andrópov— se ha logrado liquidar los últimos focos de disidencia, ya sea desterrando a los más representativos de sus inspiradores (Solzhenítsin es el más eminente de todos, el primero entre cien otros), sea encerrando a otros en hospitales psiquiátricos (el

general Grigorienko, Vladímir Bukovski, dos nombres entre tantos otros), o bien enviándolos, sin tantas exquisiteces "jurídicas", al *Gulag*: y, aquí, hablamos de millones de deportados porque el Archipiélago volvió finalmente a funcionar como en los tiempos del "profeta de Simbirsk" y del "bandolero georgiano" y, para tener alguna idea precisa al respecto, bastará pensar con cierta atención en los trabajos necesitados por el tendido del gasoducto de Siberia a Europa occidental. El *Samizdat* desapareció de Rusia y, si bien sigue publicando sus trabajos y sus informes en el extranjero ¿qué les importa a Andrópov y a sus socios y, pregunto por mi parte, a quienes en el mundo "libre" votan comunista y socialista e, incluso, a quienes no lo votan pero entregan su Faja de Honor (¡!) al camarada Héctor P. Agosti, miembro del Comité Central de la sección argentina del PC de la URSS? ¿Qué puede importarles a los financistas e industriales que "trabajan" con ella?

Este retorno a los "tiempos gloriosos" de stalíniana memoria (según la expresión del Nobel-chekista Mijaíl Sholojov) significa que el legislador Supremo se ha encontrado en la necesidad de reestructurar su sistema de dominación sobre la sociedad rusa para poder afrontar con relativa comodidad un mapa internacional que, más allá de sus éxitos aparentes, se le está volviendo movedizo y, por consiguiente, inseguro. Ha tenido que caer en la cuenta de que nadie, fuera del imperio dominado por él, se resigna a considerar su caída eventual en el sistema comunista o, simplemente, en una ilusoria "finlandización" aprehendida como solución política de escape. Pues todos se rehusan todos, salvo los "pacifistas" que vociferan, bajo orquestación moscovita, en las calles de las grandes ciudades de Europa, contra la instalación de los "euromisiles", a aceptar este "escape" que no es otra cosa que la puerta de servicio sobre la sovietización. Esta es la convicción que va difundiéndose por doquiera fuera del imperio marxista-leninista pues, tanto en Europa como en América, muchos son quienes, después de tanta pasividad, empiezan a despertar porque, de modo evidente, nadie ignora ya que el peligro está *ad portas* (ésta es la razón por la que extensos sectores demoprogresistas claman tanto por

el retorno electoral a la democracia, porque quieren evitar que ese despertar interrumpa la progresión del partido del movimiento). De todos modos, este despertar es una señal del fracaso de la política exterior soviética y ello es porque, de haber logrado conjugarse la disidencia interior, ahora silenciada, con este despertar exterior, la cúpula del Kremlín se hubiera visto abocada, no a retroceder sobre posiciones de repliegue a la espera de tiempos mejores, sino, esta vez, a lanzar su máquina militar —llegada a su punto más alto de eficacia operativa, tipo de ventaja limitado en el tiempo— al asalto de lo que queda de mundo libre. Operación de doble objetivo que se llevaría a cabo tanto para completar defintivamente el eterno proyecto de dominación mundial, como para aprisionar a los rusos en una insoslayable organización militar que, a falta de entusiasmo patriótico, sabría valerse de la corte marcial y de sus ejecuciones someras. Temperamento extensible, luego, a la escala del universo.

2 - En China popular con la que las naciones industriales pretenden abrir amplias corrientes de negocios inagotables, en el momento mismo de la muerte de Mao Zedong, se expandió una situación de desorden y de confusión tan generalizada que, durante varios meses, el Partido-Estado, atrincherado en Peiping bajo la protección de ciertas unidades especiales, no lograba imponerse ni en el campo ni en los principales centros urbanos. Tan es así que, cada vez que la gran prensa internacional, aceptando como verdad revelada las afirmaciones del "Diario del Pueblo" y de la agencia "Nueva China", hablaba de la "Pandilla de los Cuatro" y de la caída de *su* ciudadela de Shanghaï (11 millones de ciudadanos que se habrían levantado contra ella para sostener a los sucesores de Mao), pasaban por alto lo siguiente: a) que los Cuatro de marras, que no fueron capturados en Shanghaï sino, por sorpresa, en Peiping, eran los verdaderos y, si me atrevo a decir, "legítimos" portadores del legado de Mao; b) que la rebelión de las masas shanghaïnas no se produjo en absoluto para sostener a Hua Guofeng sino en repudio de toda forma de comunismo, como expresión incontenible, tanto de la satisfacción de la desaparición de Mao y la caída

de sus cuatro herederos (incluída la Señora), como de rechazo del mismo equipo de Peiping, con quema de banderas rojas y expulsión de la ciudad de cualquier militante del PC, salvo aquellos que, por querer resistir o discutir, terminaron colgados de los faroles; c) que se hizo posible de inmediato el derrumbamiento interior de no pocas estructuras políticas y sociales, circunstancia que permaneció abierta mientras el ejército rojo, dotado de mandos nuevos, no logró reunificarse (dos años de depuraciones); de hecho, provincias enteras escaparon al control del poder central, singularmente en el Sur donde las comunas del pueblo procedieron a su propia disolución y a la distribución de la tierra entre los campesinos; hubo interrupciones sorpresivas de comunicaciones y, durante meses, en las fábricas, se trabajó a desgano, cuando se trabajó; d) que, a pesar de que el PC haya vuelto a imponerse sobre este estallido centrífugo, se hizo patente que el maoísmo había muerto al mismo tiempo que el Gran Timonel, lo cual no significaba en absoluto que el "huaguofenguismo" trate al pueblo chino con mayor consideración ya que, al mismo tiempo que se afirmaba y extendía paulatinamente su área de dominación, restauraba sus instrumentos de presión policíaca en todos sus efectos. Mal que les pese a tantos de nuestros "sinólogos"[20].

---

[20] Tal es la conclusión de Francis B. Randall, en su ensayo: *Maoism is dead*,-en la entrega del 4 de marzo de 1977 de "National Review". El autor transcurrió diez días en Shanghai un mes después de la muerte del Emperador de Cartón. Asistió a estas manifestaciones —en la ciudad más grande de la república china— que tuvieron lugar sin la menor muestra de hostilidad hacia los occidentales presentes.

## XIII. EL MODELO 2000

Pese a lo cual, y dejando escapar una vez más las mejores oportunidades para ayudar a los rusos y a los chinos a sacudirse de encima la tiranía que los oprime, nuestros democráticos príncipes siguen apreciando al comunismo como el único "interlocutor valedero", y a China como una nación privilegiada "porque tiene mil millones de habitantes", como decía *"la grande andouille"* de Colombey [21]. (¿Por qué había de reconocerla cuanto tuvo mil millones de habitantes y no cuando había alcanzado los ochocientos? ¿Significa esto acaso, en la mente del Gran Mago del 18 de Junio, que las naciones con menos de mil millones de habitantes no son dignas de reconocimiento diplomático? En este caso, no quedaría más que China, situación ideal, para ella, puesto que siempre se consideró como "Imperio del Medio". En esta perspectiva ¿quería esa mente torturada quitar el *placet* a su propio país, que está lejos de la cuenta? Sería un método, incluso mejor que cualquier otro, de acelerar

[21] La expresión, que podría rendirse por "el Gran Salame", es de Xavier Vallat, en su delicioso: *Lettres passe-murailles. Correspondance échangée entre Charles Maurras et Xavier Vallat de Mars 1950 à Novembre 1952*. París, 1966, que es la continuación de su realmente muy importante: *Charles Maurras, Nº d'écrou 8.321;* París 1953.

el Viento de la Historia, al que se refería con frecuencia el susodicho ciudadano).

Porque, pues, nuestros príncipes han decidido de una vez por todas que, en China como en Rusia, solamente es lícito comunicarse con un comunista perteneciente a la tendencia dominante aun cuando ésta cambie de orientación (interna) a cada dos por tres y que sus miembros se envíen sin vacilar unos a otros al cadalso al ritmo de esas variaciones. Los demás, esto es, los que opinarían contra el sistema, sus disidentes fácticos o virtuales, cuando no son remanentes de las antiguas clases dirigentes (como si quedara alguno después de tantas operaciones de limpieza) no tienen derecho a la menor audiencia, pues su testimonio resulta sospechoso de entrada por inspirarse en un resentimiento que les obscurecería la realidad. Existe, por consiguiente, entre nosotros, aun en una cierta derecha, sea ésta de gobierno o de oposición, a admitir el diálogo "confiado" con el comunismo como si, una vez llegado al poder se transformara en factor normal de la relación internacional que, con el tiempo se corregirá de sus últimas efervescencias históricamente comprensibles, etc., etc.... Este tipo de operación mental es la que Thomas Molnar llama "Socialismo sin rostro" al que define como sigue: "Mi tesis es que Occidente, con las formas políticas engendradas, formuladas y practicadas por él, está en vías de rápida decadencia. Conjuntamente, las tesis anexas desarrollan la proposición de que el mundo no occidental, Tercer Mundo e imperio comunista, para emplear expresiones consagradas, se segrega del modelo occidental y se encamina hacia lo que yo llamo *Monolitismo*. Arrastra tras él a Occidente y, por lo demás, Occidente lo empuja a ello, porque hemos llegado al punto extremo de los grandes principios que dominan el planeta desde hace cuatro siglos...[22].

Nuestro mundo, prosigue, deriva más que evoluciona hacia un socialismo monolítico y tentacular, un socialismo sin rostro,

[22] Thomas Molnar: *Le socialisme sans visage. L'avènement du tiers-monde*; París, 1977.

sin precedente histórico conocido, al que nos prepara desde hoy en la Ciudad "la omnipotencia subversiva, inorgánica y anticonstitucional de las feudalidades; un Estado neo-feudal, es decir, en el lenguaje del siglo XX, el Estado sindical y tecnocrático" [23].

Pues la realidad del poder, comenta otro analista "ha cambiado de formas y de manos. Es necesario haber egresado de la Escuela Nacional de Administración (como Giscard, Chirac, Rocard y otros Jospin, A.F) para no comprobarlo. Son las nuevas sinarquías financieras y sindicales, los media, los partidos, quienes ocupan hoy su mayor porción de poder: no sólo sobre los espíritus, sino sobre lo que queda de instituciones sociales, fuera de las cuales los derechos y las libertades de los individuos no encuentran más garantías... El asalto de las nuevas feudalidades, de grupos de presión salvaje pero suficientemente poderosos para introducirse por doquiera, ha desnaturalizado la noción misma del gobierno de los hombres y de la ley civil que ya no se aprecian como protecciones, sino como amenazas, que provocan la huída de los ciudadanos en el incivismo y la marginalidad [24].

Ahora bien, un fenómeno espectacular y, en cierto sentido, absolutamente único es que esta quiebra de las instituciones tradicionales, desde arriba hasta abajo, no ha engendrado en el mundo social un orden nuevo. Trátese de la familia, la escuela, la Iglesia, el ejército, la policía, el parlamento, cada una de estas instituciones subsiste, como en superficie, en el tejido social y sigue incluso desempeñando en él una función: subsiste, no para realizar su propio fin... sino como correa de transmisión de la ideología *liberal-igualitaria*, que sueña con destruir de este modo, y a gastos mínimos, todo el ensamblaje, todas las jerarquías necesarias para la permanencia del lazo social, según el orden natural. "Allí, la institución aliena cada día más sus razones de ser hasta el punto de cambiar de definición" [25].

[23] Th. Molnar, *loc. cit.*

[24] Hugues Kéraly, en revista "Itinéraires", de París, entrega de abril de 1977.

[25] *Idem.*

"En lenguaje filosófico, se podría decir que *persistir en su propio ser* se ha tornado actitud superada, y que la tendencia actual de estas instituciones es dejarse llevar por el *devenir*. En la realidad cotidiana, ello se traduce por una desestructuración, por una carencia, finalmente por una dimisión de la autoridad que la conserva aún en grado suficiente ¡qué paradoja! con el fin de destruir sus propias funciones. De este modo, la autoridad no se cede, como acontece con las revoluciones, lo que permite el surgimiento de otra autoridad, de otra institución: la institución actual parece tener por tarea primordial su propio desmantelamiento, su auto-extinguimiento"[26].

Es que el liberalismo ha sabido aislar, desarmar al individuo en la masa informe de una sociedad horizontal y desvitalizada; ha sabido entregarlo a las pasiones anónimas del poder cultural, él mismo verdadera teoría del Estado. Tanto que, en el universo social utópico donde nos encontramos sumidos con él, el hecho mismo de gobernar se percibe como una contradicción lindante con lo intolerable; una contradicción tolerada únicamente a título provisorio, contractual, donde el personal del Estado sigue siendo servidor fiel de la religión dominante impuesta por las feudalidades, y limita su ambición a una suerte de progresos (o regresos) de la economía[27].

Como si esto no fuera suficiente a modo de apertura sobre el infierno para llenarnos de aflicción, nuestros príncipes, por doquiera y pensando ensanchar su "audiencia democrática", se han precipitado sobre el recurso absurdo y, me lo temo, criminal, de dar derecho de voto a los jóvenes de diez y ocho años, como si no bastara la insensatez de los adultos, su ignorancia y su irresponsabilidad. Así, se abren ante nuestros pasos nuevos espacios de inmensa desolación. Pues la ruleta rusa del sufragio ha causado ya tantos estragos que podemos temer lo peor[28].

---

[26] Th. Molnar, *loc. cit.*

[27] Kéraly, *passim.*

[28] Un muchacho de 22 años —último curso de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Buenos Aires— se ha

Pero, a estas alturas, ya me domina el cansancio. Transcurrir tanto tiempo nadando en el pensamiento vivo y el actuar pragmático de los padres, héroes epónimos, campeones y atletas de la "idea democrática", ha acabado imponiéndome una sensación de ahogo. Alcanza lo intolerable tener que aguantarse los dichos y las acciones de esos orates, desde los delirios de Juan Jacobo y el cretinismo de los marqueses de Lafayette y Condorcet, hasta lo que sea del Jefe Genial de turno en la orientación hacia los "mañanas que cantan" de la humanidad y de sus hijos, con todas las sandeces que se han proferido de dos siglos a esta parte, o sea, de la Declaración de Derechos a la Doctrina de las Soberanías Limitadas, incluyendo a D. Carlos Marx y a sus secuaces laicos y tonsurados, así como a todos los demócratas del montón europeo, americano, africano y asiático, que aspiran a sacrificarse gobernándonos. Y ésta es la suerte que nos espera a todos y, particularmente, a quienes tenemos la dicha de vivir y de votar en la República Argentina. Estoy cansado sí, pero no me iré sin aconsejar a los frustrados de la democracia que abran, en el capítulo XII, *La vie très horroficque*

declarado, ante mí y varios invitados, "profundo admirador de la democracia", "radical alfonsinista" y "miembro activo del *Opus Dei*", además de "pacifista integral". Para él, "toda guerra es injusta y criminal", incluso para "defender a la patria y al propio hogar". Si este joven "universitario" que va a votar por primera vez, ofrece con tanta petulancia semejante caricatura del "animal político" argentino, podemos preguntarnos qué habrá de suceder con los demás. Misterios de la diosa Razón. Con todo ¿quién puede sorprenderse ante las manifestaciones "pacifistas" de la juventud europea, norteamericana y, pronto, argentina para la que *better red than dead*... ¿Qué les han enseñado sus padres? ¿Qué pasión patriótica, qué culto por el valor, no ya sólo físico, sino sobre todo moral —aquél no existe sin éste— les ha impartido la escuela, la universidad sobre todo? ¿Qué es lo que han descubierto, por su cuenta, en los módulos de funcionamiento del Estado de derecho liberal burgués? ¿Cómo, a partir de ese lastimoso *background*, podrían no someterse con "entusiasmo" al pacifismo "integral" de la Iglesia postconciliar? Que el buen lector busque personalmente, y encuentre si puede, la respuesta que, de todos modos, me figuro, no habrá de ser muy consoladora...

*du Grand Gargantua*, de mi genial compatriota, François Rabelais. De tal suerte, encontrarán algo para soportar el peso de tanta tristeza.

## XIV. ALGO PARA TERMINAR

Para poner punto final a esta mi modesta contribución a la ciencia política contemporánea, extenderé a continuación unas breves definiciones en la esperanza de que resulten de cierta utilidad a algunos de nuestros conciudadanos en estos tiempos electorales:

1 - "La democracia no salva a la democracia". La destruye ayudándola a eliminarse a sí misma a través de sus mutaciones excesivas, hasta su conclusión en el punto final totalitario. Con mis excusas a los promotores de la "revolución en libertad", empezando por el eximio y desgraciadamente finado D. Eduardo Frei Montalvo.

2 - No existe nada peor que el comunismo, salvo la condena eterna, y el método mejor para combatir esta peste, bestial en su enunciado teórico a la vez que sofisticada en su expansión metódica, es el anticomunismo, aprehendido, no sólo como medio de defensa, sino sobre todo, de ofensiva y de restauración. Con perdón de Gabriel Valdés y demás herederos del finado más arriba mentado.

3 - "El comunismo es intrínsecamente perverso". El Papa Pío XI fue quien lo proclamó. Aun cuando el demócrata cristiano D. Andrés Zaldívar lo ignore, la sentencia sigue vigente. Se lo recuerdo porque, entre católicos (por lo menos, lo imagino), yo espero en su eventual recuperación.

4 - Fascismo, hubo uno solo, el de Benito Mussolini, y no fue un sistema despótico, sino autoritario y jerárquico, además de excelente gobierno, todo lo cual hace del nacionalsocialismo una caricatura lastimosa, pese a lo que afirmaban Franklin Delano Roosevelt, Sir Winston S. Churchill (éste a partir de 1935 solamente, por motivos de "recuperación económica") y siguen pensando los más arriba mentados, y algunos más aun en los Sagrados Palacios que, de él, sacaron ciertas ventajas de las que siguen valiéndose, que yo sepa.

5 - No el Estado-Nación sino la Patria-Nación es el único camino para que alcancemos la concordia, la verdadera concordia que, desde adentro, irradia hacia afuera. Dios fue Quien la creó. A nosotros nos toca honrarla. A nosotros nos toca honrarla, como reza el Cuarto Mandamiento, como honramos a nuestro padre y a nuestra madre.

6 - El amor al pasado no es un recurso nostálgico ni una forma de escapismo. Es fermento activo de supervivencia y conservación de lo permanente a través de lo contingente.

7 - En toda organización que quiera restaurar a lo hondo la comunidad nacional, la presencia de la oposición es indispensable, pero su fin es concurrir por sus medios a la consecución de la concordia, fuente necesaria del bien común. Ello obliga a la mayoría a escuchar la voz de la minoría y a recibirla con respeto.

8 - Dejémonos, pues, de hablar tanto de democracia, factor de desunión nacional y universal. Hablemos de sociedad libre y edifiquémosla, cueste lo que cueste. A través de la legalidad reencontrada, vayamos hacia la legitimidad.

9 - La desigualdad no es un mal. Bien entendida, es un dato creado y, por consiguiente, un medio indispensable para el bien social y el bien individual. Es vertical, es decir, factor de variedad en la unión. La igualdad es una endogamia sin otra salida fuera de la esterilidad. Es horizontal, o sea, factor de desmembramiento al tiempo que de masificación.

10 - El mundo en que vivimos no es un mundo "neopagano": los paganos tienen dioses, por falsos que sean. Nuestro mundo, que se limita a adorar al dinero, no es ni pagano ni

neo-pagano. Es ateo. Razón por la cual el rostro de tantos de nuestros contemporáneos que han hecho su religión de la materia, exuda envidia, odio y temor, mientras el del yakuta animista irradia felicidad.

11 - Los fuertes batallones se han pasado al servicio de la Revolución, es decir, del partido del Anticristo. Mucha angustia sí para el que cree, pero fe absoluta en la victoria de Dios Todopoderoso.

* * *

Nosotros, los ancianos, hemos hecho lo nuestro, mal por lo visto. Pero, varias veces, hemos estado a punto de ganar, y si hemos fracasado es, ante todo, porque nuestros jefes nos han traicionado. Pese a todo, algo hemos salvado. Que los jóvenes de buena voluntad lo recojan y hagan lo suyo, si tienen sangre y alma para ello.

Y, siempre, repetiremos con nuestra vieja liturgia las palabras de la eterna esperanza:

*Fitque sanguis Christi merum*
*Et si sensus deficit*
*Ad firmandum cor sincerum*
*Sola fides sufficit...*

Buenos Aires, 19 de junio de 1983
Festividad de Sta. Juliana de Falconieri